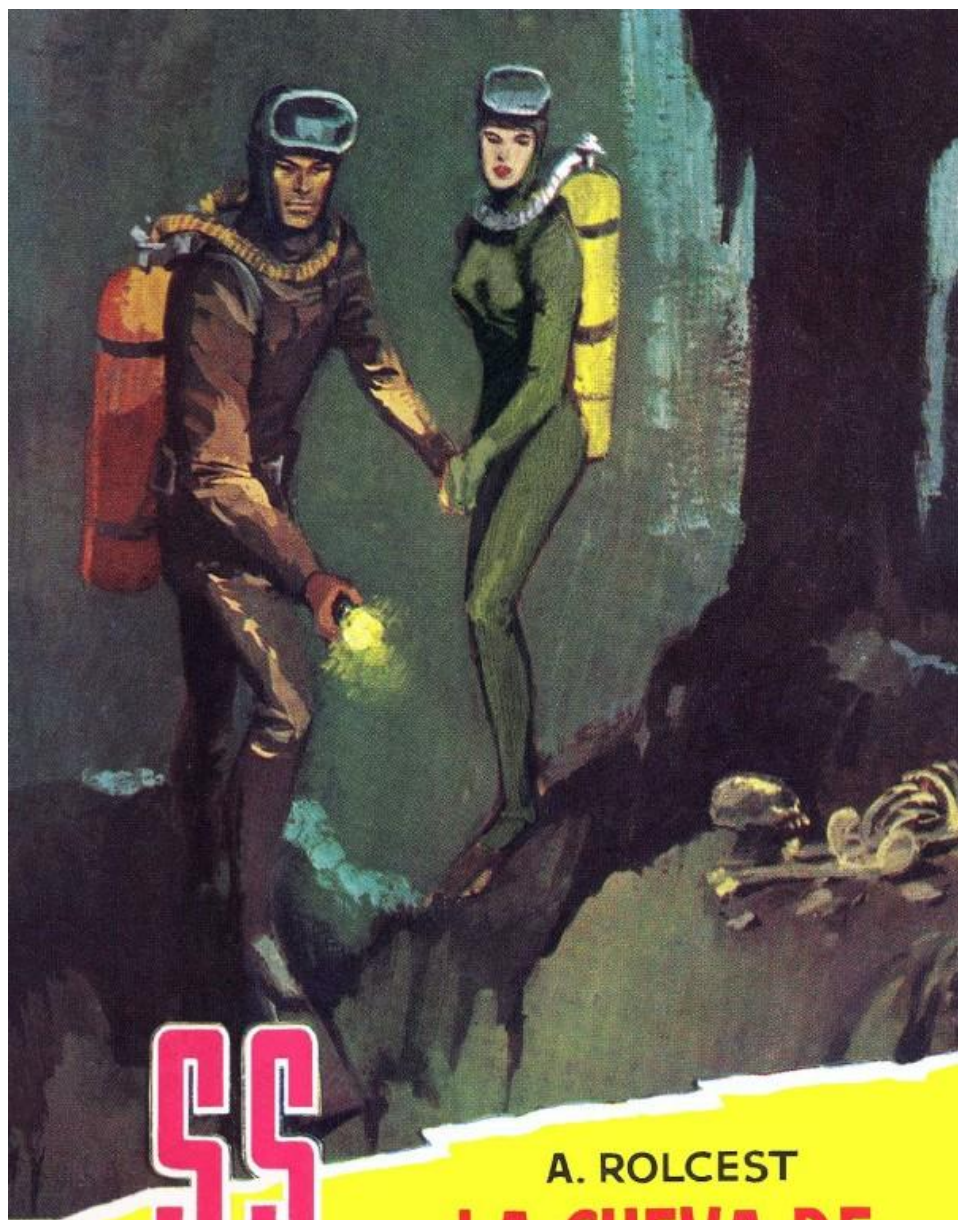




SS

**SERVICIO
SECRETO**

A. ROLCEST

LA CUEVA DE LOS MUERTOS

LA CUEVA DE LOS MUERTOS

A. ROLCEST

**1.^a EDICION
FEBRERO — 1962**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES — BOGOTA**

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPOSITO LEGAL B 17925 — 1961

PRINTED IN SPAIN — IMPRESO EN ESPAÑA

© A. ROLCEST —1962

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1962

N. R. 5948/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:

717. — Toda una dama. 737. — El rifle fantasma.

En Colección BUFALO:

427. — El látigo donado. 431. — Cesó la tregua.

En Colección SERVICIO SECRETO:

584. — Huellas en el mar. 599. — El asesino blanco

En Colección PANTERA:

71. — Arenas malditas. 8. — Honderos de fuego.

En Colección TEXAS:

253. — «Sonrisa Colt». 258. — Horas sin ley.

En Colección CALIFORNIA:

258. — Pasto en la tumba. 272. — Llamó el plomo.

En Colección COLORADO:

215. — Alud de plomo en el valle. 225. — Mano ágil.

En Colección KANSAS:

180. — La muerte señala. 187. — La horca puede esperar.

En Colección ASES DEL OESTE:

136. — La imposible retirada. 140. — Bajo el signo del odio.

En Colección BRAVO OESTÉ:

28. — La reunión de las furias. 43. — Un dandy entre vaqueros.



CAPÍTULO PRIMERO

T ODAVÍA no se había acercado al pueblo. El helicóptero descendió en la misma playa, y a muy pocos pasos del aparato, frente al mar, estaba el hotel.

Aquel viaje estaba lleno de sorpresas, desde que salió de los Estados Unidos, con plaza reservada en el avión, hasta su llegada a Londres. Y luego el salto del Canal, en helicóptero, para llegar a Saint-Jacques.

La última sorpresa había sido encontrar alojamiento en el hotel de lujo. Una cómoda habitación en el primer piso, cuyo ventanal enfocaba precisamente los acantilados que tantos recuerdos contenían para Jerry Skinson.

Esos acantilados situados a la derecha de la bahía atrajeron enseguida la atención de Jerry, ensimismándolo, sin advertir que el empleado ya había dejado las maletas en la habitación y esperaba.

Tuvo que toser, para llamar la atención del huésped.

—Ah. Perdone —dijo Jerry, en francés—. Estaba distraído.

Preguntó el horario del servicio, y al ir a dar una propina, el empleado rehusó cogerla.

Un rato después se preguntaba Jerry cómo para una cuestión de negocios habían tenido con él tantas atenciones, dejándole una habitación digna de un magnate.

Ahora, desde la terraza del miramar observaba la playa, el caserío en la estribación del monte, los chalets desparramados por las vertientes de las lomas que miraban a la playa, frente a la franja de pinos.

Ni siquiera esta arboleda que tantas veces le sirvió de escondite en momentos de alarma, despertó en su interior la menor resonancia.

No reconocía nada. Ni siquiera las dos lomas de roca que, adentrándose en el mar, formaban la bahía.

Magnífica playa la de Saint-Jacques. Agua quieta y limpia, como cristal que todavía no hubiese coagulado.

Pero para que los recuerdos de Jerry tomaran el vigor preciso, allí sobraba gente.

Tal vez aquella multitud de bañistas, aquel oleaje de cuerpos semidesnudos, atezados; aquella fiesta de vestidos de vivos colores, eran lo que impedía que la imagen que pugnaba por salir del pasado encajase con la del presente.

Las postguerras guardaban esas grandes sorpresas. Barrios míseros, arrasados por las bombas, se convertían en imponentes manzanas de edificios, con sus desafiantes rascacielos. Seres insignificantes aparecían encumbrados, nadando en la mayor opulencia.

—¡La postguerra! —gruñó Jerry.

Desde su mesa de miramar podía ver una nota bien significativa de lo que era la postguerra. A muy corta distancia había un grupo de canoas.

A bordo de ellas se veían a unos cuantos jóvenes que, con un flamante equipo para la pesca submarina, regresaban a la playa, comentando a gritos, entre grandes risas, el resultado de la excursión.

Les faltaba el traje de caucho, la coraza contra las explosiones

de las cargas de profundidad, la ropa interior de lana, para que la ilusión fuese perfecta.

—Algo más falta —murmuró Jerry, cuando el camarero se hubo alejado dejándole el segundo vaso de cerveza—. Falta la «cara» del momento.

La expresión trágica que Jerry recordaba en sus compañeros de comando, cada vez que regresaban a la base, durante las terribles semanas de entrenamiento. Siempre, al regreso de cada salida, quedaba alguien apartado, como no apto.

Aquellas agotadoras, dramáticas luchas con el mar ahora las veía convertidas en deporte. Como vio sobre el busto de la mujer una blusa con caracteres asiáticos estampados, con un nombre de moda, que evocaba a un pueblo bajo la más espantosa tragedia: Coreana.

Todavía quedaban un par de horas de sol. Jerry apuró el vaso de cerveza que tenía delante y se dispuso a llamar al camarero.

Pensaba soslayar la playa para acercarse al pueblo. ¿Quedarían muchas casas en pie, de las que él frecuentó?

Acudió el camarero y liquidó la cuenta. En el momento en que iba a levantarse, la vibración del motor de una potente canoa le hizo mirar al mar.

La lancha era magnífica. Pero su tripulante, una muchacha de esplendorosa cabellera negra, constituía una nota aún más llamativa.

La lancha acuchillaba el agua y parecía que iba a pasar por entre los barrote que servían de apoyo a la terraza. Pero, faltando poco para llegar, disminuyó la marcha y empezó a virar.

Era bellísima. Jerry pudo darse cuenta perfectamente porque durante unos instantes la tuvo de frente, con la cabeza levantada, mirando a la terraza, como si buscara a alguien.

Por dos veces Jerry sintió resbalar sobre su cara la mirada de aquella preciosa criatura... Unos ojos claros, luminosos...

Viró en redondo. Pero no aumentó la marcha, pese a que tenía una buena zona despejada de bañistas. Lentamente fue alejándose y de vez en cuando volvía la cabeza para mirar a la terraza.

Pero Jerry no se dio cuenta de ello, porque ya había salido del miramar.

Una ancha pista cruzaba la playa, pasaba rozando el pueblo y se perdía entre montañas, tierra adentro.

Se veían muchos edificios en construcción: chalets, hoteles... Grandes recuadros de tierra destinados para jardín, bordeados de pequeños pinos y rosales. El pueblecito quedaba a la espalda de todas estas edificaciones.

«Estos pobres pescadores soportaron la guerra con estoicismo — pensaba Jerry, en tanto ascendía por la vertiente que conducía al pueblo—. Yo sé de qué frío valor disponían... Todos tenían fe en la victoria. ¡La victoria!... ¿Para qué la querían? Ahora seguirán en sus viejas barcas y a lo más que habrán llegado será a jardineros y a guardas de los chalets, cuando venga el otoño y toda esta gente se marche...»

Interrumpió sus sombrías ideas para enfocarse a sí mismo. «Y bien: ¿Qué demonios esperaba yo que saliera de esta guerra?»

No lo sabía. Solamente estaba seguro de una cosa: de que había luchado creyendo que lo hacía por algo muy serio, muy trascendente, y que ese algo, a la vuelta de unos años, lo veía convertido en una cosa frívola.

Exactamente lo que ocurría con aquello que en cierto tiempo le pareció tan serio: su misión de hombre-rana, ahora convertido en deporte.

Dio un rodeo para entrar en el pueblo por la parte de arriba. Marchaba por un lado de la ancha pista.

Un soberbio coche que reconoció enseguida como construido por la empresa en que él trabajaba como ingeniero, pasó casi rozándolo.

Apenas tuvo tiempo de ver el brillante casco de cabellos negros de la mujer que lo conducía, porque unas yardas más adelante el coche se detuvo.

La joven volvió la cabeza y en francés, con suave entonación, le preguntó:

—¿Sí va al pueblo y quiere que lo lleve...?

Era la muchacha de la canoa. A la distancia que la vio en el mar, tenía la impresión de que sus ojos eran azules. Ahora los veía verdes.

Ella ya había abierto una portezuela del asiento delantero.

—Sí. Voy al pueblo.

Se sentó a su lado. La muchacha llevaba un pantalón muy corto, al aire los largos muslos, y las estilizadas piernas, de piel morena.

Suavemente el coche se puso en marcha. Durante unos momentos Jerry estuvo contemplando el bello perfil de su rostro, su juvenil busto, velado apenas por una leve camisa, sin mangas y muy escotada.

De pronto ella se volvió de cara a él.

—¿No es usted quien ha venido en el helicóptero?

—Sí... ¿Por qué?

—Usted ha hecho ganar a los que esta semana juegan a los nones.

—¿Cómo? —preguntó Jerry, sorprendido.

—Es una de tantas distracciones de los que se aburren. Y aquí se aburren la mayoría. Cuentan los helicópteros que pasan y apuestan.

—¿Jugaba usted a los nones?

Antes de contestar ella soltó una breve risa. Dio el efecto de que desistía de decir algo que se le había venido a los labios.

—Sí. Jugaba a los nones... Pero no puede decirse que no jugara con ventaja.

Jerry la miró un poco intrigado.

—¿Quiere decir que usted sabía que hoy pasaría por aquí un helicóptero... digamos el mío?

La muchacha se encogió de hombros, volvió a reír y dijo:

—Tal vez.

Jerry se puso a observarla con nueva atención. Ella parecía darse cuenta de este examen, y la expresión de su rostro cambió de súbito. En sus facciones se acusó una ligera tensión.

El coche en ese momento abandonaba la pista para meterse por una carretera bastante estrecha, que conducía al pueblo.

—Supongo que no meterá el coche dentro del pueblo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Sus calles son muy estrechas.

—¿Conoce usted el pueblo?

—Algo.

Otra vez ella quedó de cara a él.

—¿Usted conoce el pueblo y no nos hemos visto antes?...

—Claro que no —contestó Jerry—. Aparte de que su rostro no es fácil de olvidar.

—Yo paso aquí la mayor parte de mi vida. Vivo allí.

Extendió un brazo señalando a un edificio rodeado de árboles que se veía en la mitad de una colina.

El coche viró y enfiló una calle bastante ancha.

Todos los edificios, de dos plantas, eran de construcción reciente.

Jerry miraba a su alrededor, un poco confuso.

—Todo esto es desconocido para mí —confesó.

—Hará mucho que no ha estado usted aquí —dijo ella, mirándolo atentamente.

—Desde el penúltimo año de guerra.

—Así se explica... Toda esta parte fue destruida. Primero por los aviones aliados. Luego, por los nazis.

—¿Hubo víctimas? —preguntó Jerry, con mal reprimida ansiedad.

El rostro de la joven se ensombreció.

—Más de la mitad de los habitantes perecieron... Si desde la guerra no ha vuelto usted... —y otra vez le escrutó el rostro con los ojos.

—Ya le he dicho que no —contestó Jerry, un poco amoscado por la fijeza con que ella le miraba, cada vez que le preguntaba si había estado en el pueblo después de la guerra.

—Pues conocerá a muy pocos.

—Eso me temo.

—¿Busca a alguien concretamente?

Eran demasiadas preguntas de una muchacha que por linda que fuera, todavía no se había dado a conocer.

—Quizá —contestó Jerry, parodiándola en el encogimiento de hombros.

—Yo quizá pudiera orientarle. Conozco a todos.

—El que yo busco viene de fuera.

Por unos momentos la joven permaneció con el ceño fruncido. Se volvió de cara a él, con los ojos entornados, las aletas de la fina nariz ensanchadas, los labios apretados.

De pronto se echó a reír, mostrando una dentadura que cegaba por su blancura.

—¡Me lo tengo bien merecido!...

El coche se detuvo en una plaza. La iglesia y los edificios que la rodeaban eran nuevos.

De lo viejo solamente quedaba un pilar de piedra, con una pequeña cruz en lo alto.

Jerry descendió del coche. Mucha gente les miraba. La joven pareció de pronto tener prisa.

—Bueno, le dejo —y puso el coche en marcha.

Ni siquiera le dio tiempo a darle las gracias. El coche dio la vuelta y se marchó por la misma calle que había entrado.

Jerry vio desaparecer a la muchacha, con la cabeza inclinada sobre el volante, como si no quisiera ver a nadie, la negra cabellera volcaba sobre la espalda.

Miró a su alrededor. Un hombre acababa de salir de un portal y con paso apresurado marchaba cara a Jerry.

A unos cuantos pasos se detuvo. Era un hombre de edad, de rostro tostado, cruzado de arrugas.

—¿No es usted americano?

—Sí —contestó Jerry, mirando fijamente al hombre y tratando de reconocerlo.

—¿No estuvo aquí en guerra?

Jerry asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Con un grupo de comandos? —siguió el frasees.

—Sí... Quisiera recordar su cara. Dígame quién es... Mejor aún: en qué casa vivía.

—Mi casa la tenía junto a la de los viejos Gernier.

Jerry acusó con el gesto el primer nombre de los viejos conocidos.

—¡Los Gernier!... ¿Qué ha sido de ellos? ¿Viven todavía?

—No... Perecieron en un bombardeo.

Fue entonces. Únicamente entonces cuando algo que desde hacía rato pugnaba por concretarse, surgió en una pregunta:

—¿Y el compatriota que dejamos en su casa malherido? But Jenkins... Estaba herido...

El viejo asentía, dándole a entender que sabía a quién se refería.

—Desapareció, horas antes de que los nazis revolvieran el pueblo.

Jerry hizo algunas preguntas, sobre nombres que iba recordando. Ninguno existía.

Se despidió de él y permaneció recorriendo el pueblo hasta el anochecer.

Desaparecidos los Gernier, que eran en realidad con quienes había tenido relación. El principal motivo de aquella visita al pueblo había desaparecido.

Siguió en el pueblo porque algunos viejos que le salieron al paso se empeñaron en retenerle, unos para referirle las represalias que los nazis descargaron sobre el pueblo, días después que los comandos realizaran su mejor golpe de mano.

Otros para hablarle de la joven que le había traído al pueblo en su coche.

—La señorita Gisele ha hecho mucho bien por el pueblo.

—A ella se debe que Saint-Jacques sea lo que es.

Por lo que dijeron dedujo que aquella joven era propietaria de los mejores hoteles, o que tenía una fuerte participación en ellos.

Jerry no quiso preguntar nada que a ella se refiriera. Se encontraba en aquel pueblo por encargo de la empresa automovilística para la cual trabajaba.

La empresa se había limitado a decirle que tomara el avión rumbo a Europa. En Londres, el representante de la compañía puso a su disposición un helicóptero para que se trasladase a Saint-Jacques donde se entrevistaría con «un fuerte accionista de la empresa».

Tenía que discutir con ese personaje asuntos técnicos, sobre los nuevos modelos de coches que se preparaban para la próxima temporada.

—Gracias a ella, Saint-Jacques se ha puesto de moda —dijo uno de los viejos.

—¿Han visto a alguno de mis antiguos compañeros de armas? —preguntó Jerry, en súbito presentimiento.

—No. Nosotros, no. A nadie.

Ninguno de los viejos aludía las grutas. Las descubrieron los comandos, en los acantilados, y ellas fueron su salvación, cuando

multitud de nazis revolvían basta las piedras de la playa, buscándolos.

Ya fuera del pueblo, anocheciendo, Jerry se situó en un montículo tratando de localizar las cortaduras por donde escaparon él y algunos compañeros, una noche en que el enemigo les tenía formado el cerco.

Había oscurecido del todo cuando se encaminó a la ancha pista. Era hora de regresar al hotel, de cenar, y ya solo en su habitación, poner en orden sus ideas.

Distraído marchaba por el medio de la pista cuando de pronto tuvo la sensación de que un coche venía por detrás, a toda marcha. Las vibraciones del motor eran tan suaves que apenas se advertían.

Venía con los faros apagados. Iba a volver la cabeza, pero el instinto le hizo dar un salto.

Una tromba de aire y polvo lo envolvió. El coche pasó rozándolo.

Los faros se encendieron cuando ya el coche había pasado. Jerry vio cómo se desviaba de la orilla izquierda de la pista, buscando la derecha.

El coche le pareció idéntico al de Gisele.

Durante unos instantes Jerry no se movió del sitio en que había quedado cuando pasó el vehículo. Su salto le había situado en la misma orilla de la pista.

Para que el coche le rozara había tenido que des— nes[1] —comentó, adoptando un tono y una actitud que aquella maniobra no hubiese sido intencionada.

Además de las huellas, estaba el hecho de que marchase con los faros apagados.

—Hay interés en que no disfrute de estas vacaciones —comentó, adoptando un tono y una actitud que desde hacía años, desde que en la guerra sonó el último disparo, no había aparecido en él—. Esto ya va presentándose con otra cara.

¿Quién podía desear su muerte? Una vez hubo apuntado la pregunta, no se tomó el trabajo de contestarla.

Le bastaba con saber que se encontraba en Saint— Jacques. Parecía que en aquel trozo de costa no pudiera permanecer él, sin correr un riesgo de muerte.

Aceleró el paso. Quería llegar cuanto antes al hotel. Uno de los lomos rocosos que se adentraba en el mar tenía en la cima una larga terraza, con balaustrada. Ahora, siguiendo la ondulación de la montaña, brillaban collares de luces.

En el mismo punto en que la pista entraba en zona arenosa vio un coche parado. Le pareció que era el de antes y se acercó. No encontró a nadie en él. Tocó el radiador y lo notó caliente.

Cerca de allí había un bar. Algunos veraneantes se encontraban sentados alrededor de pequeños veladores.

No obstante la humedad de la noche, algunas muchachas seguían cubiertas únicamente por un «short» y una chaquetilla sin mangas.

Jerry se metió por entre las mesas, mirando a todos. Luego se acercó a la barra y pidió un whisky.

—¿Sabe quién conducía hace unos momentos aquel coche? —preguntó al barman.

El coche quedaba en la penumbra, pero se podía fácilmente reconocer.

—Aquel coche... es el de la señorita Gisele Enard —contestó el barman.

—Ya sé. Pero, ¿lo conducía ella?

—Supongo que sí. Es ella siempre quien lo lleva.

—¿Suele venir por aquí?

El barman enarcó las cejas como si acabara de oír un despropósito.

—¡Oh, no! Ella suele ir al bar del hotel «Saint— Jacques»...

Se quedó de pronto muy pensativo, sin dejar de mirar hacia el vehículo.

—Lo extraño es que haya dejado el coche aquí —dijo, después de un silencio.

El hotel «Saint-Jacques» era en el que Jerry se alojaba. No preguntó más. Pagó la cuenta y se marchó.

En el vestíbulo del hotel, un empleado le salió al paso.

—Señor Skinson: Tenga la bondad de acudir al teléfono. El señor de la habitación 104 nos ha pedido que le avisáramos tan pronto usted llegara.

Otro empleado, desde detrás del mostrador, le ofrecía el

auricular.

—Ya está conectado —le dijo.

Jerry cogió el aparato y se colocó a un extremo del mostrador.

—¿Diga?...

Una voz de hombre, que parecía muy afectada, preguntó al otro extremo del aparato:

—¿Es usted el señor Skinson?

—Sí... ¿Con quién hablo?

—No me conoce... En Saint-Jacques fuimos enemigos. Esta noche quisiera tener el honor de cenar con usted...

Se le notaba acento alemán. Tras una breve pausa, Jerry dijo:

—Creo que lo inmediato es conocernos.

—Estoy de acuerdo. Si usted lo autoriza me presentaré en su habitación.

—Hágalo.

Jerry dejó el teléfono e iba a emprender la escalera, cuando un empleado le advirtió:

—Coja el ascensor, señor. La 104 se encuentra en el segundo piso.

—Pero yo no voy a la 104, sino a la mía. Gracias de todos modos.

Subió a pie. Lo necesitaba. Era como si toda aquella atención, el que no pudiera dar un paso sin tener a alguien atento a sus movimientos, le colocase en los tiempos de máxima tensión, cuando sobre él pesaba la responsabilidad de un grupo de hombres, con una audaz misión a desarrollar.

Jerry seguía en la plenitud de sus facultades físicas. Ya empezaban a asomar en las sienes algunos cabellos grises, pero de rostro y de músculos seguía en plena juventud.

Quizá en los pensamientos había una carga un tanto pesimista. Y no era por nada que le afectase directamente. De su carrera profesional no podía quejarse. Ocupaba un importante cargo en una de las más potentes empresas automovilísticas y de aviación de los Estados Unidos.

Al terminar de subir el tramo de la amplia escalera, cuando iba a enfilarse el corredor que conducía a su habitación, apareció en el otro extremo del rellano el «mâitre».

—Señor Skinson: En el comedor le están esperando.

Desde el rellano se podía ver parte del comedor, Y vio a Gisele con un caballero, los dos mirándole, ella sonriéndole.

El recuerdo del coche, su amenazadora aparición le hizo olvidarse de que acababa de quedar citado con un desconocido de acento alemán.

Entró en el comedor precedido por el «maître». Tras haber cruzado unas cuantas mesas, el empleado se inclinó, indicando la mesa donde se encontraba Gisele y el caballero, que poco más o menos era de la misma edad que Jerry.

Gisele le sonreía. El caballero se levantó, con na movimiento rígido, casi militar.

—Permítanme que les presente —dijo ella, torciendo un poco el juvenil busto, cubierto apenas por una coraza de seda que inverosímilmente permanecía adherida al pecho—. El teniente coronel Skinson... El capitán Rechberg.

Y tras soltar una alegre risa, agregó:

—Un americano, un alemán y una francesa... Nos falla un británico. ¡Quién sabe! A lo mejor aparece...

Siguió riendo, clavando en Jerry el esplendor de sus maravillosos ojos, la cara levantada, mostrando la tersura de piel de su bella garganta y de sus hombros desnudos.

Resplandecía de belleza y ella parecía gozar de la fascinación que estaba ejerciendo no sólo en los hombres que la rodeaban, sino en toda la sala.

—¡Pero siéntanse! Usted frente a mí, capitán Skinson... ¿No era usted capitán cuando estuvo en Saint-Jacques?

—Sí. Pero suprima el tratamiento militar —dijo Jerry, tratando de encajar la situación con naturalidad.

—Yo mandaba este sector... cuando su comando actuaba aquí —dijo Rechberg, con un acento que recordó a Jerry la voz oída por el teléfono.

—Creí que iba usted a venir a mí habitación —señaló Jerry.

El alemán le miró confuso.

—¿A su habitación? No me hubiera atrevido... La señorita creyó oportuno que nos conociéramos en su presencia...

Jerry había dirigido fugaces miradas a la puerta del comedor.

—¿Desde criando están sentados a esta mesa?

—Hace ya más de diez minutos —contestó ella—. Le estábamos esperando.

—¿Hay algún viejo camarada de usted, señor Rechberg, en el hotel? Quiero decir, alguien que haya actuado en este sector durante la permanencia de mí comando...

—Nadie —contestó Rechberg—. ¿Por qué?

—Acaban de citarme por teléfono... Esperen.

Salió apresuradamente del comedor, aunque sabía que de nada serviría, pues era lógico que le estuvieran vigilando.

Contra lo que esperaba, de algo sirvió su repentina salida: llegó a tiempo de ver la puerta de su habitación abierta, y dentro, en el suelo, medio cigarrillo todavía encendido.

Todo había sido revuelto en su habitación. Principalmente los papeles, entre los que se hallaban algunos planos de los nuevos coches.

Cuando regresó al comedor, Gisele y el alemán se le quedaron mirando, intrigados.

—¿Sucedó algo? —preguntó ella.

Jerry sonrió, irónico.

—Hay afán por animar mis «vacaciones».

Se sentó y durante unos instantes permaneció mirando al centro de la mesa, pensativo.

—Bien, señorita Enard: Mi empresa me ha dado las mayores facilidades para que me desplazara a Europa, concretamente a Saint-Jacques. ¿Es a usted a quien debo agradecerle la «comodidad» de este viaje?

Gisele sonrió, viendo que Jerry estaba a punto de manifestar su irritación.

—Quiero que me disculpe, señor Skinson, por haberle traído aquí con engaños. En cierto modo, es verdad que usted se entrevista con un importante accionista de la empresa...

—¿Es usted?

—Sí... Pero no tenemos que hablar de automóviles... Verá, señor Skinson —súbitamente parecía azorada—: Es un poco complicado y difícil de abordar... No desconozco su antipatía a los hechos de guerra.

—La guerra quedó lejos. Decidí olvidarla tan pronto sonó el último disparo.

—Lo sé.

Jerry se le quedó mirando, un poco sorprendido por la naturalidad con que ella confesaba que tenía bien registrada su manera de pensar.

—Pues sabiéndolo, me extraña que haya contribuido a que me desplazara a este continente para algo que no sólo ha de resultarme molesto, sino que considera completamente ineficaz.

Hasta este momento el alemán permanecía callado, observándolos. Cuando se hicieron las presentaciones, Jerry le estrechó la mano con cierta reserva.

El alemán, por el contrario, pareció poner en aquel apretón de manos mucha emoción, mucho afán por borrar una hostilidad que en otras fechas impusieron circunstancias históricas.

—Bien, señor Skinson —dijo Gisele, en tono alegre—: Vamos a dejar este tema para otro momento... ¿Le va a ser muy difícil imaginar que se encuentra aquí pasando unas vacaciones? ¿A dónde pensaba ir este verano?

—Al Canadá —contestó rápido—. Tengo mi bosque y mi amigo esperándome.

—Lo siento —comentó Gisele.

Quedaron callados. La muchacha permanecía con la cabeza inclinada, mirando al centro de la mesa. De pronto levantó la cara y se encontró con que el alemán y el americano la estaban mirando con una fijeza que por unos instantes pareció turbarla.

—No es por mero capricho de reunir a una misma mesa a dos viejos enemigos por lo que les he hecho venir, se lo aseguro... Hay un motivo bastante grave. ¿Me conceden una espera... digamos lo que dure esta cena?

—Usted ya sabe que por mí, estoy dispuesto a esperar todo el tiempo que usted precise, señorita Enard —dijo el alemán.

—¡Por favor: Llámeme Gisele! Y usted también —agregó, dirigiéndose a Jerry.

Al ver la severidad con que la miraba el americano, el gordezuelo labio inferior de la muchacha se había recogido un poco y los dientes presionaban sobre él. Había quedado seria, más bien

huraña.

De pronto rompió a reír. Sus blancos y perfectos dientes rutilaron bajo la luz. En sus ojos parecieron encenderse dos joyas.

—Tendremos que remover recuerdos de guerra, señor Skinson. Pero ya se dará cuenta de que no ha habido más remedio. ¡Ahora a cenar... como viejos amigos!...

El alemán había llenado las tres copas de champaña. Con la mirada invitó a Gisele y a Jerry.

El rostro del alemán era simpático. Tenía una expresión de honda amargura que las más acentuadas sonrisas no conseguían borrar del todo.

Los tres cogieron la copa y bebieron.

Gisele fue la primera en dejarla sobre la mesa. Apenas rozó el licor con los labios. Más que beber le interesaba observar a los dos hombres, los dos viejos enemigos, bebiendo juntos...

Capítulo II

DESPUÉS de cenar se trasladaron a las terrazas que

coronaban uno de los brazos de roca que formaban la bahía. Aquello fulgía de luces y de joyas sobre amplios escotes atezados.

Con el pretexto de bailar, Jerry se llevó a Gisele, dejando al alemán conversando con un conocido de la muchacha.

Apenas marcar unos compases, Jerry insinuó a su pareja recorrer todas las terrazas. Ella aceptó, entendiendo que lo que él deseaba era hablarle aparte.

Una estrecha escalera con doble balaustrada, que seguía las curvas del monte, empalmaba unas terrazas con otras. La última plataforma, la situada más baja, parecía suspendida sobre un abismo.

Abajo el mar chascaba contra un espolón.

Los dos se acodaron sobre una balaustrada, de cara al mar.

—En primer lugar, ¿por qué impuso a la empresa el que yo llegara en la primera decena del mes? —preguntó Jerry, encendiendo un cigarrillo.

—Porque vamos a entrar en luna llena —contestó

Gisele, mirando a la lejanía—. Esto se pone más bello... Pero no es por eso.

—Ya lo supongo... Más, ¿para qué quiere esta luna?

Ya había luna casi llena. Una luz magnífica que parecía hacer subir a la superficie del mar un inmenso banco de peces de plata.

—Para que se puedan ver los acantilados. Mire a su izquierda.

Se recortaban claramente los acantilados que tantos recuerdos encerraban para Jerry. El mar desgarraba argentados cendales contra los peñascos.

El americano permaneció unos momentos callado mirando en aquella dirección... Aquel pasado que tanto había intentado rehuir se volcaba sobre él, aplastándole, como si uno de aquellos peñascos le acabase de apresar en el momento en que más libre se sentía.

Gisele le observaba con disimulo. También ella había encendido un cigarrillo, y al parecer permanecía distraída, absorbida en la contemplación de la noche.

—Sólo usted sabe la entrada de esas grutas —dijo Gisele, como si hablase de algo sin importancia.

Jerry no había podido disimular el efecto que le hizo la alusión a las ocultas cavidades en los acantilados.

—¿Cómo sabe usted que existen unas grutas?

—¿Tan difícil le parece que lo sepa?

—A nadie en el pueblo he oído hablar de ellas, lo que demuestra que no las han descubierto todavía.

—Sus comandos las descubrieron.

—Fue la casualidad. Una jugada del Destino...

Aparecieron esas grutas cuando nos considerábamos perdidos...

Siguió una breve pausa. Gisele y Jerry seguían con la vista fija en los acantilados.

—¿Cuánto tiempo estuvieron dentro de esas rocas? —preguntó ella.

—¡Mucho! Perdimos la cuenta... —era como si hablara de una pesadilla—. Al final, la noche y el día para nosotros no tenía perfil determinado...

—Ustedes iban al pueblo por provisiones.

—Cuando podíamos.

—Esas visitas costaron caras a muchos del pueblo. Hubo represalias de los nazis.

—¿No mandaba este sector el alemán que ha cenado con nosotros?

—Sí... Pero no se ponga contra él. Precisamente porque el capitán Rechberg fue considerado con los paisanos, estuvo a punto de ir al paredón. Fue expedientado y enviado al frente ruso.

Hubo otro silencio. Jerry tiró el cigarrillo al mar.

—¿Por qué le interesan esas grutas? ¿Es para explotarlas con vistas al turismo? —preguntó, sardónico.

—¡Son demasiado sagradas para mí, para que yo desee que nadie ría ahí dentro! —replicó Gisele, con entonación súbitamente dramática.

—¿En qué le afectan?

Tardó unos momentos en contestar.

—Creo que ahí dentro están los restos de mí hermano... y de otros compatriotas que militaban en la Resistencia.

—¿Cómo lo sabe?

—Ustedes dejaron, a un comando herido en Saint— Jacques.

—¡Sí! ¡A But Jenkins!... Estaba malherido. Y nunca he vuelto a saber de él. Esta tarde he preguntado en el pueblo y me han dicho que desapareció, con el tiempo justo para escapar de los nazis.

—Se refugió en nuestra finca...

Jerry pensó en la villa que ella le había señalado aquella Larde. Pero Gisele, como si adivinara su pensamiento, aclaró:

—Está muy lejos de aquí, en pleno bosque... Su compatriota Jenkins estuvo algún tiempo oculto en nuestra casa, hasta que curó sus heridas. Entonces mi hermano Jules lo introdujo en los grupos de la Resistencia...

Se le cortó la voz. Como si temiera que si proseguía hablando sobre ese tema perdería toda su firmeza, dio un viraje.

—Y bien: ¿Qué le parece cómo se ha transformado este lugar de pescadores?

—No desvíe la conversación —dijo Jerry—. ¿Qué fue de mí compatriota?

—Luchó con los nuestros. Y utilizó esta zona como cuartel general. Aquí se refugiaba con los «maquis», siempre que la situación tierra adentro se ponía demasiado difícil.

—¡Pero aquí no sería nada fácil, en vísperas del desembarco!...

—No lo era. Y cayeron muchos de los que hicieron caso a su compatriota Jenkins... ¡Muchos! —se volvió de pronto, transfigurada, los ojos llenos de lágrimas y fuego—. ¿Sabe? ¡Tengo motivos para pensar que él deseaba la muerte de los que le acompañaban!

—¡Jenkins era un magnífico comando!...

—Pero, ¿leal a quién?

—¿Qué quiere decir? —prorrumpió Jerry, irritado.

—El grupo donde iba su compatriota transportaba valores que debían pasar a Inglaterra para ser entregados a los representantes de la Francia Libre.

—¿Y esos valores no salieron?

—No.

—¿Por qué?

—Por una cadena de desastres. Casi todo el grupo quedó eliminado antes de llegar a esta playa... La nave que aguardaba a unas millas de aquí, en plena oscuridad, voló por los aires.

—¿Alguna mina?

—Eso se creyó durante todos estos años.

—¿Ahora ya no?

—¡No! Esa destrucción fue provocada por los mismos que tenían que ser recogidos por la nave...

—¿Qué pruebas tiene?

—¿Pruebas?... Su compatriota But Jenkins vive. Lleva otro nombre, se hace pasar por británico y durante años ha estado cometiendo tropelías, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, librándose de duras penas porque pasa por períodos de enajenación mental.

—¿Donde se encuentra ahora? —preguntó Jerry, tras un silencio en que el estupor no le dejó sobreponerse a las muchas emociones que las palabras de Gisele acababan de desencadenar en su alma.

—En un sanatorio de Inglaterra. Se hace llamar «Len Karten». Lo tengo vigilado sin que él lo sepa... De un momento a otro espero que se presente.

—¿Voluntariamente?

—Sí. El director del sanatorio secunda mis instrucciones. Sé todo lo que «Karten» piensa hacer, tan pronto lo den de alta en el sanatorio. Esto ya debe de haber ocurrido... El también deseaba «luna llena» —miró al firmamento. Luego a los acantilados—. ¿Comprende?

—¿El sólo, sin medios, espera usted que esté revolviendo en las grutas?

—«Karten» tiene un socio. Un poderoso individuo que lo traiciona... ¿Ha oído usted nombrar a Domco Scarochi?

Jerry se volvió de cara a ella.

—¿El gángster? Ese fue desterrado de mí país, después de unos años de cárcel...

—Exacto. En esos años de cárcel parece que trabó conocimiento con «Karten»... hace algún tiempo Domco vino aquí en su yate y su coro de personalidades de la política y la intelectualidad de algunos países del viejo continente. Ya sabe: Todas esas personalidades, aceptando la invitación de Domco lo hacen tanto por aprovecharse de un viaje que no les va a costar un céntimo, como por molestar a su país, por haberle expulsado.

—Lo sé. Quizá los Tribunales de mí país no estuvieron acertados al expulsarle... Pero, ¿qué tiene que ver ese Sujeto con las grutas?

—Ya le he dicho que «Karten», en uno de sus períodos de cárcel, trabó relación con Domco. Debió hablarle de las grutas y de los valores que allí se esconden... Y de la forma con que «Karten» consiguió quedarse solo, en la matanza de «maquis».

Gisele hizo una pausa. Volvió el rostro, hacia la parte del mar que permanecía más oscura.

—Domco ancló su yate en esa bahía. Dio una fiesta a bordo y me invitó. Yo no pensaba asistir... pero me nombró a mí hermano.

Calló. El cigarrillo que tenía en una de sus manos lo soltó, y por unos segundos se vio el rubí de su brasa precipitándose al mar.



Venía con los faros apagados...

—Me habló de las revelaciones de un «loco»... Y me insinuó que a cambio de la mitad de los valores que se encontraran, él proporcionaría los medios para el buceo. Yo a cambio debía conseguir de las autoridades de mi país la autorización para que Domco operara en nuestra costa.

—¿Qué le contestó?

—Que tan pronto se diera cuenta a las autoridades, ya no habría modo de controlar esa cuestión. Correría de un departamento a otro, y el asunto se haría eterno... Él lo reconoció así y me dijo que lo olvidara. A los pocos días se marchó... Pero yo sé que está al tanto y en el momento que salga «Karten», lanzará a un grupo de hombres-rana a la búsqueda de esas grutas. Ya hace días que por esta playa se ven demasiados buceadores con poco aire de veraneantes ricos, que son los que aquí acostumbran venir.

—¿Y qué espera usted de mí?

—No he llamado a usted solamente. De su viejo comando quedan algunos... Los están localizando. Y vendrán.

A duras penas pudo Jerry contener una exclamación de alegría. Procurando una voz tranquila, dijo:

—Celebraría encontrarme con algún viejo cama— rada... La verdad es que aquí nos dispersamos, metiéndonos tierra adentro, y ya no volvimos a saber unos de otros —pero haciendo una transición—: ¿Qué pinta aquí el alemán?

—Hace un año lo invitamos a pasar el verano... El pueblo le debe mucho. El hombre fue represa— liado por su «sentimentalismo», al no aniquilar a todos los habitantes de Saint-Jacques... Esto motivó su traslado al frente ruso, y hasta hace poco más de un año no volvió a la Alemania occidental... ¿Por qué le extraña que lo haya invitado? ¿Es que le molesta su presencia? Es un hombre muy tratable.

—No lo dudo. Pero comprenda que si es cierto que uno de mis comandos se volvió un malvado...

—¿Qué importa la nacionalidad, señor Skinson? —replicó Gisele, enardecida—. En esos «maquis» había franceses, británicos y yanquis... Y el que uno se volviera un malvado, o enloqueciera, no tiene por qué mirarse desde un nivel tan a ras de tierra. Más qué castigar al culpable, lo que ahora importa es quitar de la mente de

individuos como Domco la tentación de entrar a pisotear los huesos de aquellos bravos, buscando unas riquezas que quizá no existan... ¿Comprende, señor Skinson? Si alguien ha de entrar a averiguarlo, nadie con más derecho que ustedes, los que pasaron horas de angustia en esas cuevas submarinas...

Jerry se sentía dispuesto a replicar violentamente. No porque considerase inadmisibile el tener que visitar un lugar que tan negros recuerdos encerraba para él, sino por el sistema que aquella mujer había empleado para traerlo allí.

Hizo esfuerzos por contenerse, sabiendo que si se arrancaba iría muy lejos, y llamaría la atención de todos.

En esa pausa en que procuró serenarse, recordó algo que desde que llegaron a la terraza tenía intención de plantear y ya había olvidado.

—¿Tiene usted otro coche idéntico o parecido al de esta tarde? —preguntó, en actitud reposada.

Ahora fue ella la que pareció alterarse.

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Ha ido usted al hotel esta noche en ese vehículo?

Gisele contestó, ya claramente intrigada:

—He ido en ese coche hasta la finca del coronel Devic, donde debía recoger al capitán Rechberg. Allí he permanecido un buen rato, esperando que anoheciera. La casa del coronel está sobre una colina y el coche no puede llegar hasta lo más alto.

—¿Y dónde dejó el coche?

—En la puerta de un pequeño garaje que el coronel tiene cerca de la pista. Pero cuando el capitán Rechberg y yo salimos, para venir al hotel, el coche no estaba.

—¿Y han venido a pie? —preguntó, en un tono en el que parecía querer decir que no creía nada de lo que oía.

—En el coche del coronel.

—¿Todavía no ha encontrado el suyo?

—Sí. Lo vimos en la playa... El coronel Devic va a hacer pesquisas, dispuesto a castigar al culpable, pero no creo que eso merezca la pena —y queriendo quitar importancia, agregó—: Algún veraneante, tal vez un poco mareado, que ha querido gastar una broma...

—¿Usted cree? Pues oiga esto...

Refirió lo cerca que estuvo de ser destrozado por el coche. Gisele escuchó conteniendo la respiración, el semblante demudado.

—Luego, me encuentro en el hotel con que me citan en la habitación, con un tono de voz y un acento semejante al del capitán Rechberg...

Gisele contuvo una exclamación.

—¿Era por eso que fue a su habitación?

Iba a seguir hablando, cuando Jerry, señalando la escalerilla por donde estaban bajando el alemán, el señor que se había quedado hablando con él, más otro señor de mediana talla, a quien no conocía, dijo:

—Parece que no les guste que estemos más tiempo solos.

—Ahí viene el coronel Devic. Vendrá a hablarme sobre sus pesquisas acerca del coche.

Y fue a su encuentro, seguida a corta distancia de Jerry.

—Y bien, coronel: ¿Alguna novedad?

Era un militar retirado, de cabello canoso y ojos muy vivos.

—Algunas —contestó, con gesto grave.

Su vista no se apartaba del americano.

—Antes, déjenme que les presente —dijo la joven, esforzándose por disimular su ansiedad.

Así que Jerry y el francés se hubieron saludado, dijo éste:

—Sé por el jardinero del chalet vecino que el coche se lo llevó un desconocido que desde hacía ralo iba rondando, mi garaje. Venía a pie desde la playa y al jardinero le preguntó dónde paraba la finca de usted.

—¿Lo encaminó a mí finca?

—No hubo ocasión. Cuando el jardinero iba a contestarle, usted llegó en el coche, lo dejó junto al garaje y vino a mí casa. El desconocido dijo que la esperaría... Cuando el jardinero se olvidó de él, montó en el coche y partió. El jardinero supuso que era usted quien se lo llevaba —terminó, mirando fijamente a Jerry.

—¿Ningún detalle que pueda darnos una pista? —preguntó Gisele.

—El jardinero dice que tenía un acento sajón —y volvió a mirar a Jerry—. Con alguna gangosidad yanqui...

—Cuando hablo francés, la gangosidad yanqui no creo que se me note, coronel... Al menos esa es mi ilusión —replicó Jerry, como divertido, pero a punto de estallar.

—No, señor Skinson —intervino Gisele—. El coronel no piensa en usted... No es usted el único yanqui que hay aquí. Vuelvo a decirle, coronel, que ese asunto del coche carece de importancia.

—Depende de que uno se encuentre con el coche yendo a toda marcha con los faros apagados —comentó Jerry.

Gisele le miró rogándole con los ojos que callara el incidente.

—Lo que sí tiene mucha importancia —continuó la joven, dirigiéndose al coronel— es conseguir que desde el sanatorio británico nos contesten...

—Esa respuesta ya ha llegado.

—¿De veras? —y se quedó mirándolo con gran ansiedad.

—He conseguido conferenciar con el director del sanatorio.

—Oh. ¡Magnífico!...

—No se alegre demasiado pronto... Hay malas noticias.

Gisele permaneció suspensa, mirando al viejo soldado.

—Ese «Karten» ha sido víctima de su propia imprudencia.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hace tres días que pereció ahogado... Su obsesión por el mar le ha perdido. Le tenían prohibido que practicara la natación con exceso, pero aprovechando un descuido del guardián...

—¿Se está refiriendo a...? —iba a decir el nombre de su viejo comando, But Jenkins, y la muchacha se anticipó, para impedirse.

—Sí, a «Karten». Y es cierto que practicaba la natación.

Siguió mirando a Jerry, para reafirmar en él la idea de que no debía descubrir la personalidad que se escondía bajo el nombre de «Karten», estando el coronel y otro testigo presentes. Este otro testigo no era el alemán.

Tras un largo silencio, Jerry dijo:

—¿Qué apostamos a que el cadáver de ese hombre no se ha encontrado?

—Es verdad —dijo el coronel—. Es lo que iba a notificarles: el cadáver no se ha encontrado... Pero, ¿cómo lo sabe usted?

—Conozco bien las playas inglesas —contestó Jerry, soslayando la verdadera respuesta.

Con toda naturalidad cogió de un brazo a Gisele y presionando disimuladamente en él, hizo que la muchacha le siguiera.

Subiendo la escalerilla manifestó:

—Las corrientes que se forman en aquellas playas son temibles, por lo complicadas. Nada tendría de particular que el cadáver de ese hombre apareciera el día menos pensado en esta costa...

Notó el estremecimiento que el brazo de Gisele acusaba. A medida que se aproximaban a las terrazas superiores, se veían rodeados de más gente.

Jerry había procurado que se quedara rezagado el grupo donde iba el coronel.

—¿Por qué evita que su compatriota el coronel, esté enterado...?

—Pero, ¿no se da cuenta? Si resultara lo que temo, que ahí en las grutas hay soldados asesinados, el coronel elevaría la voz para que desde las alturas le oyeran... ¿Imagina la nube de periodistas hurgando en este asunto? ¿Tiene idea de las competencias de las pandillas de buceadores que se desplazarían a esta playa, a escudriñar y a medir sus fuerzas con equipos rivales? ¡Oh, no! ¡Sería un sarcasmo! —concluyó, con voz henchida de dramatismo.

Jerry compartió su horror, su afán por respetar lo más posible la escondida tumba de unos bravos.

—¿Entonces su propósito es llevar esto lo más secreto posible?

—¿No opina usted lo mismo?

—Hasta hace unos minutos, yo todavía no tenía la más ligera idea de lo que usted pretendía. Deje que los pensamientos se seren en mi cabeza... Sí como yo supongo tiene usted ya dispuesto todo para ir a las grutas...

—¡Todo! Falta únicamente que llegue alguno de sus comandos... Incluso ahora mismo, de convenir hacerlo... —dijo, con insinuante entonación.

—¿Podría hacerse?

—A menos de cinco minutos de aquí tengo la canea y los equipos de natación guardados bajo llave.

—No hay que precipitarse, Gisele —contestó Jerry—. Aparte de que yo necesito cierto entrena...

Se quedó mirando al mar, pensativo.

—Tiene usted razón —dijo ella—. Sería una locura inducirlo a que sin ninguna preparación...

—Espere. Esta noche hay bastante luna y la temperatura es lo suficiente templada para que nadie se sorprenda de que haya quien sienta deseos de dar un paseo por mar. Hasta haber llegado a un resultado efectivo, todos estos tanteos deberán pasar inadvertidos para la mayoría...

—De mis amigos, solamente lo conoce el capitán Rechberg.

—¿Él sabe dónde tiene la canoa?

—Sí. Pero no es necesario que yo me separe de ustedes. Diré que siento deseos de dar un paseo por mar... El coronel y el otro amigo detestan embarcarse.

* * *

Ni una sola vez tuvo Jerry que intervenir para corregir algún detalle cuando Gisele se colocó el aparato de respiración y las aletas natatorias.

Enseguida se dio cuenta de que la muchacha era una experta.

—Veo que ha practicado el deporte de moda —dijo, con un matiz irónico.

—Bastante. Durante años... Mi hermano Jules me regaló unas aletas, la última vez que lo vi. Yo tenía entonces unos siete años... Las tuve escondidas hasta que terminó la guerra. Ahora las guardo en mi casa, en el sitio de las reliquias.

—¿Eran de su hermano?

—No. Pertenecieron a un comando... Sé que cuando les instruían a ustedes como hombres-rana, al entregarles las aletas era lo mismo que si les dieran un diploma.

La evocación que suscitaron las palabras de Gisele tuvieron a Jerry unos momentos callado, oyendo dentro de sí:

—Es cierto... Como un diploma. Posiblemente, más deseado.

Estaban solos en la canoa. El alemán había decidido en el último momento quedarse con el coronel y el otro amigo.

La muchacha, cubierto el pecho por una breve coraza de lana y un pantalón muy corto que le dejaba las piernas libres, se sentó en

una de las rocas al pie de los acantilados.

Jerry ya estaba equipado y se colocó al lado de ella para ayudarle a ponerse las aletas en los pies. Unos pies pequeños y bien formados, y unas piernas largas, de fino trazo.

Hubo ira momento en que ella perdió el equilibrio y se apoyó en Jerry descansando el cuerpo sobre el del hombre. Jerry advirtió lo que de juventud y vitalidad contenía aquella figura, soberbiamente modelada. Y sintió que la sangre emprendía el galope.

Permaneció unos momentos como enervado. Se quedó mirando el inmenso banco de peces de plata que provocaba la luna.

Pensó, de pronto, en que en el ademán de la muchacha había algo intencionado. Tal vez molesta por los reparos que desde un principio puso él al plan de haberlo traído a aquel lugar de la costa francesa; el creerle poco decidido a intervenir en la operación de las grutas, indujese a Gisele al deseo de sujetarle por su belleza.

Procuró terminar de equiparse enseguida. Se levantó y fue hacia los otros peñascos donde había quedado la canoa.

—¿Dispuesta, Gisele? —preguntó.

—Cuando usted diga —contestó, y en su voz se notó una inflexión emocionada.

Jerry, ya a punto de zambullirse, volvió un poco la cabeza, para ver una vez más la bella silueta de Gisele, de pie en una roca adelantada del mar, bañada en luz de luna.

Resultaba una extraña figura, algo mitológico en que el rostro y el contorno de la cabeza quedaban deformados por la mascarilla y el tubo de respiración.

Se sumergieron. Pero al momento Jerry emergía la cabeza. Tenía la vaga idea de haber visto unas sombras irrumpir de un punto del acantilado.

La luna reveló su cabeza sobre el agua. En el momento en que limpiaba el cristal de la mascarilla, irrumpieron dos fogonazos. Un proyectil tocó el tubo de respiración.

Se sumergió, para buscar a Gisele y prevenirla. Ella ya había advertido algo extraño y se disponía a emerger.

Jerry la sujetó de los brazos y la mantuvo quieta bajo el agua, para hacer tiempo.

Confiaba Jerry en que los que habían hecho los disparos huirían antes de que acudiera gente.

Así fue. Pero no se confiaron. Aun estando seguros de que los agresores habrían escapado, se acercaron a la canoa procurando cubrirse con ella.

—Debemos marcharnos de aquí, antes de que acudan —aconsejó Jerry.

En las tenazas ya había cundido la alarma.

Ayudó a la muchacha a que saltara a la canoa. Luego lo hizo él. Al momento el motor se ponía en marcha y se alejaban de los acantilados.

Lejos de la playa, ella paró el motor y se colocó al lado de Jerry. Encendió una lámpara automática y la enfocó a la mascarilla que Jerry estaba examinando.

El tubo estaba casi cortado por el proyectil. La muchacha elevó un poco la luz, buscándole el rostro.

Esperaba verlo afectado. Y fue cuando verdaderamente encontró la alegría, el entusiasmo que desde el primer momento había echado de menos.

—Esto se está poniendo a la temperatura adecuada —comentó, como divertido.

—¿No piensa renunciar? —preguntó Gisele.

—¡Menos que nunca!...

La muchacha soltó la lámpara, en una exclamación de alegría. Se incorporó y besó a Jerry en una mejilla.

—¡Gracias, «capitán» Skinson!...

Capítulo III

POCO después de medianoche Jerry ya estaba de regreso al hotel. Gisele había sido acompañada a su villa, por dos coches de amigos, entre los que se encontraba el coronel.

Al entrar en el largo corredor donde se hallaba su habitación, vio a un hombre que venía en dirección contraria, poco más o menos de la edad de Jerry, y que parecía trabado por la ropa que vestía.

En tanto avanzaban uno de cara al otro, los dos se miraban, cada vez más atentamente.

Jerry veía a un hombre cenceño, algo pálido, los pómulos muy pronunciados. Sólo cuando estuvo a tres pasos de él, lo reconoció.

—¡Weyl!...

Se abrazaron. Durante unos momentos estuvieron golpeándose en la espalda.

—Yo jugaba con ventaja, «capitán». Tenía advertido en la administración que me avisaran cuando usted llegara al hotel...

—¡Vamos a mí habitación!...

—Sí, «capitán».

Jerry lo miró, en amable reproche.

—De acuerdo, Jerry —dijo Weyl, rompiendo a reír.

Momentos después, ya en la habitación de Jerry, al preguntarle a su antiguo subordinado desde cuándo se encontraba en Saint-Jacques, el otro contestó:

—Hará un par de horas... Temí no llegar en la fecha que tú me señalaste.

Al primer momento Jerry no reparó en ello. Fue cuando preguntó Weyl:

—¿Los otros han cumplido tus instrucciones?

—¿Qué otros y qué instrucciones? Yo a nadie llamé.

Refirió cómo le habían hecho abandonar el trabajo en la empresa para que montara en un reactor...

—Aquí he sabido de qué se trata. ¿Tú qué instrucciones recibiste?

—Que a nadie diera a conocer que me dirigía aquí. Menos todavía que hiciera la menor alusión al «escondite de los comandos»... ¡Diablo, Jerry! Me he pasado todos estos años pensando en estas dichosas grutas, sin saber si maldecirlas...

—¿Por qué habías de maldecirlas?

—Entiéndeme: ya sé que debemos estar agradecidos a esas cuevas... ¡Pero qué jornadas más negras pasamos en ellas!...

Sudaba, recordándolo. Jerry sacó una botella de whisky y dos vasos.

—No levantes la voz. Aparte de que muchos duermen, tenemos que cuidarnos de los que velan... Llevo ya tres «avisos» desde que he llegado —dijo en tono divertido Jerry—. He llegado hace unas horas.

Ya llenos los dos vasos, brindaron, por los viejos camaradas.

—¿Dónde vives y a qué te dedicas?

—He corrido medio mundo. Todo me iba mal... Por último me fui a Italia. Allí me sorprendió el armisticio y tenía algunas amistades, en Roma mismo. Ya pensaba irme, cuando me cayó del cielo una representación de una fábrica francesa, de artículos de plástico.

—¿Te rinde?

—Demasiado, para lo que hago... Estoy muy bien. ¿Y tú? ¿Terminaste la carrera de ingeniero?

—Sí —contestó Jerry, haciendo una mueca irónica—. Ayudo a hacer coches que llevan la línea de la moda... Un trabajo «muy útil».

Se sentó frente a Weyl y encendió un cigarrillo, después de pasarle el paquete.

—Aparentemente... sólo tú y yo hemos llegado, del viejo comando. Digo aparentemente porque tengo la sospecha de que llevamos pegada a los talones una de nuestras bombas-lapa. ¿Te

acuerdas de ellas?

Weyl acusó un escalofrío.

—¡No me las mientes!... ¡Las dichosas bombitas!...

Maquinalmente Weyl extendió un brazo, cogió la botella y llenó los vasos.

—¡Va, Jerry! ¡Por aquellos remojones!...

Se refería a la misión que les llevó a refugiarse en los acantilados de Saint-Jacques. Huían de la persecución del enemigo. Durante toda la noche habían estado esquivando la luz de los reflectores y las ráfagas de ametralladora.

—¿Te acuerdas, Jerry? Aquella noche teníamos el viento en contra... A veces, durmiendo, me creo en el bote, cargado al máximo, y al menor chasquido, viendo el agua saltar por la borda.

Aquella noche, uno de los dos hombres que iban en cada bote tenía que estar con el cubo en las manos, para achicar, y enfilar la bocana en busca de las naves enemigas...

Jerry y Weyl estuvieron unos momentos callados, escuchando las sensaciones que traían los recuerdos. Weyl oía hasta el silbato que utilizaron para orientarse. Un silbato que imitaba el grito de las gaviotas.

Los dos parecían en aquel momento agarrados a la borda del leve bote, mirando a la negra noche.

Evocaron el momento en que por el lado de la costa les llegaron las señales esperadas. Y se vieron bogando con el canaleta en las manos, ya sin preocuparse de achicar el agua que pudiera entrarles en la embarcación, uno de los hombres sentado al lado de la ametralladora «Sien», provista de silenciador.

Distribuidas a lo largo de la lancha estaban las bombas-lapa. Ellas fueron la tarjeta que los comandos dejaron de su visita en el puerto enemigo.

Bajo los vientres de los buques, las canoas permanecían quietas. A poca distancia producían el efecto de una mancha de grasa. Los hombres que se encontraban a bordo permanecían tendidos en el fondo de la pequeña nave, con la cara y las manos pintadas de negro, con un brillante traje verdusco y aletas natatorias en los pies.

Eran los minutos clave, los que ahora les producían todavía mi

sudor frío.

—¡Bien, Weyl! ¡Todo pasó!... —exclamó Jerry, y por tercera vez se llenaron los vasos.

—Oye: Pero tú has dicho que tenemos una bomba-lapa pegada a los talones... ¿Qué has querido decir con eso?

—¿Te acuerdas de Jenkins?

—¡Jenkins!... ¡El indomable Jenkins!... —el rostro de Weyl se ensombreció—. Una de mis pesadillas todos estos años es el momento en que nos vimos precisados a dejarlo en este pueblo, para esparcirnos...

—No hubo más remedio. Nuestra permanencia aquí estaba comprometiendo a la población civil. Un herido era fácil de ocultar... Pero alimentar a todo nuestro comando...

—Es cierto. Además de que ya estábamos volviéndonos locos, tanto tiempo bajo las rocas... Y bien: ¿Fue enterrado al poco de marcharnos?

—¿Jenkins? Hace apenas un par de horas que se me ha comunicado que vive, bajo otro nombre... Según la versión que me han dado, se hace llamar «Karten». Y ahora atención a esto.

Refirió lo que le había dicho Gisele. Había momentos en que la cara de Weyl se ponía más pálida de lo que ya estaba habitualmente. De pronto la encendía una oleada de sangre y sus ojos fulgían, tan pronto de entusiasmo como de cólera.

Al callar Jerry, su compañero permaneció unos momentos como trastornado.

—¿Y tú crees... que es él, el que ha atentado contra ti? —inquirió, aturdido.

—El... o los colaboradores que ha podido buscarse.

—¡Pero alentar contra ti, que tantas veces te arriesgaste por él, llevándolo a cuestras cuando teníamos al enemigo pisándonos los talones!

—Eso no significa nada. Si te he dicho esto es porque no debes descuidarte. ¿Dónde queda tu habitación?

—En la otra planta.

Jerry se puso a mover la cabeza, rechazando. Mientras miraba los muebles de la habitación.

—Dormirás aquí esta noche. Mañana ya veremos de alojarnos

con más seguridades.

Era lo que Weyl estaba deseando. Momentos después la luz de la habitación estaba apagada y sólo se veía la brasa de los cigarrillos y se oía un leve cuchicheo. Pronto cesó lodo. Se durmieron.

Durante un rato, alguien permaneció pegado a la puerta. Era un individuo recio, de anchos hombros, bien trajeado, nariz aplastada y aire de boxeador.

Cansado por el silencio que reinaba en la habitación de los comandos, ahogó un gruñido y se encaminó al extremo del corredor. Apenas torcer por uno de los dos ramales que había al final, dio con los nudillos en una puerta.

Había luz dentro. Preguntaron apagadamente y el individuo de la nariz aplastada tosió dos veces.

Abrieron. Dentro apareció un hombre de cabello gris, nariz aguileña y una bancada de muelas de oro. Se envolvía en un elegante batín y llevaba un cigarrillo encendido al extremo de una larga boquilla.

—¿Qué pasa, Byrne?

El tipo con cara de boxeador aporreado soltó un respingo.

—¡El nuevo se ha quedado a dormir en la habitación de Skinson! ¡Y yo esperándolo!...

El de la nariz aguileña se puso a pasear, sosteniendo con los dientes la larga boquilla.

—Se han cometido demasiados fallos... Esos tipos se han dado por enterados. ¡Sois unos inútiles, Byrne! Ahora esto va a ser más difícil... ¿Imagináis lo que va a pasar, cuando el jefe venga y sepa cómo se ha llevado este asunto?

Byrne, el de la nariz aplastada, se retorció las manos.

—¿Qué íbamos a hacer? ¿Liarnos a tiros con Skinson? Hubiéramos atraído a la policía a este lugar, y eso no lo quiere el jefe.

Horvat, el hombre del batín y la larga boquilla siguió paseando.

—No. Nada de tiros. Los de esta noche han sido una idiotez. Pudiste darle a la señorita Gisele... ¡y pobres de vosotros si el jefe se quedaba sin la muñeca que tanto admira!... Aparte de que aquí en el pueblo hubieran aparecido inspectores bajo cada piedra. Aquí

adoran a esa muchacha.

Siguió un silencio. Byrne se había dejado caer en un sillón.

—¿Se tienen noticias del paradero del jefe?

—Exactas, todavía no —contestó Horvat—. Pero todo hace suponer que se acercó a un puerto holandés para recoger a bordo a unos personajes... En cualquier momento puede aparecer el «Stella» en esta bahía. Hay que estar atentos.

—¡Ojalá apareciera el jefe esta misma noche! —rezongó Byrne—. Así sería él mismo quien decidiría sobre lo que hay que hacer.

El de la boquilla estuvo unos momentos pensativo.

—Pienso lo mismo. Esto es más difícil de lo que pensábamos. Ya son dos individuos los que estorban. No va a ser tan fácil teniendo a esa muchacha con todo el poder de su dinero y de su personalidad, para defenderlos... ¡Debía estar el jefe aquí!

Dio unos cortos paseos. De pronto se detuvo:

—Voy a enviarle un mensaje, le guste o no, anunciándole que suspendemos todo hasta su llegada.

* * *

Todos miraban en la dirección en que había mirado Jerry: a los enormes bloques de piedra que se hallaban al pie del acantilado aguantando los embates del mar.

—Pueden estar observándonos con los prismáticos —apuntó el alemán Rechberg.

—No importa —contestó Jerry—. Ahora que veo esto de día, recuerdo que algunas veces apostamos a descubrirnos unos a otros, aun colocándonos encima de esos peñascos.

—¡Es verdad! —exclamó Weyl—. Ahí debajo hay un endemoniado laberinto...

Jerry miró a Gisele, que se había sentado para terminar de equiparse.

—Ese escondite lo descubrieron dos compatriotas suyos que integraban nuestro comando.

—¿Cómo fue?

—Uno de ellos se desvaneció y las corrientes lo llevaron al

pasadizo que da entrada a las cuevas. Existen otros muchos conductos que no sirven más que para desorientar —y mirando al alemán—: ¿Estuvo alguna vez buscándonos por aquí?

Rechberg sonrió.

—Infinidad de veces. Recuerdo que en esas rocas me pasé todo un día, mirando el agua, con la esperanza de divisar burbujas...

—Nosotros no les veíamos desde dentro, pero «intuíamos» cuándo había vigilancia.

En tanto hablaban, todos, menos el alemán, iban ajustándose el traje de caucho.

Ayudado por Jerry, Gisele se enfiló las aletas. Los depósitos de aire se ajustaron a las espaldas.

—Habrá sitios en que tendremos que desprendernos de ellos —advirtió Jerry—. Hay sitios muy estrechos.

Por si había observadores, tenían convenido sumergirse lejos de las rocas que interesaban. La lancha quedaría al cargo del alemán, haciendo como que aguardaba en el sitio clave, pero la realidad sería que los buceadores estarían lejos de aquel punto.

Jerry observaba a hurtadillas a Gisele. La veía emocionada. La elástica coraza que cubría su juvenil busto acusaba profundas respiraciones.

Sus labios procuraban plasmar una sonrisa, pero estaban algo amoratados, y acusaban un leve temblor.

—¿Quiere esperar aquí arriba? —preguntó Jerry.

Los ojos verdes de la muchacha miraron fijamente, casi con dureza, los de Jerry.

—¿Por qué? ¿Es que cree que tengo miedo?

—Ya sé que no... Pero la veo muy emocionada, y no es el estado que conviene para lo que vamos a realizar. Hay sitios en que no podremos respirar...

—No importa. Es cierto que estoy emocionada... Pero tan pronto me sumerja, todo cambiará.

—Está bien.

Jerry saltó de la lancha a las rocas, con las aletas en las manos. Allí hizo como que buscaba entre las grietas. Era para despistar.

—Preparados —dijo.

Y se puso las aletas. Se deslizó por las rocas y se introdujo en el

agua.

Le siguió Gisele. Enseguida, Weyl.

Durante unos cuantos metros fueron avanzando agarrándose a las piedras que servían de base al acantilado. Cada vez iba a mayor profundidad.

Comenzaron a aparecer enrevesadas grietas. Nubes de peces, pequeños y brillantes, como trozos de estaño en el momento de derretirse, salían de las hendiduras, disparados, una blanda metralla que apenas chocar contra los cuerpos forrados de caucho, retrocedía con la misma rapidez que había avanzado.

Weyl se metió por una de las grietas. A continuación, Jerry, seguido de Gisele.

Había sitios tan angostos que apenas si podían mover los brazos. De pronto el conducto se ensanchó.

Un poco más adentro pareció cerrarse en una muralla de granito. Todavía les llegaba algo de luz.

Jerry, nadando pegado al muro extendió un brazo, vuelto de cara a Gisele y le señaló una vaga mancha se distinguía en un ángulo de la cueva. Apenas podía pasar un hombre por allí.

Por señas le indicó a Gisele que se quitara los depósitos de aire y el casco, y que le siguiera.

Weyl ya había desaparecido por el agujero rápidamente. Jerry se dio cuenta que su compañero había agotado las reservas de aire en sus pulmones.

Gisele hizo lo que Jerry le había indicado. Sosteniendo los tanques con una mano, enfiló el agujero, tras de Jerry.

Todavía no había pasado medio pozo cuando notó que lo que tenía en las manos le era arrebatado. Enseguida se sintió cogida de las muñecas y que era impulsada fuertemente hacia arriba.

Nada veía. De pronto se sintió de pie sobre un suelo de roca, respirando libremente, con agua sólo hasta la cintura.

—Enciende la lámpara, Weyl —dijo Jerry.

Pero no obtuvo respuesta, ni fue obedecido. Jerry sujetaba a Gisele de los brazos, advirtiéndole que alentaba con dificultad.

Procedió a encender la lámpara que llevaba él. Y al irrumpir la luz, apareció una cueva de goterones de tierra caliza, rugosa como si infinidad de cirios hubiesen estado eternamente encendidos en

departamentos situados más arriba, y la cera hubiese ido resbalando por la roca, formando las estalactitas.

No era la cueva más grande. Al fondo se veía otra abertura. Para pasar por allí había que inclinarse mucho.

Se metieron, con agua basta las rodillas y a los pocos pasos el conducto tomó una dirección ascendente.

Desembocaron en una cueva muy ancha.

—Todavía hay más grandes —dijo Jerry.

Pasaba la lámpara por todos los rincones. La desaparición de Weyl lo tenía, preocupado.

—Lleve cuidado con esa grieta —la enfocó, al tiempo que lo decía.

Gisele vio una cortadura muy ancha. Abajo se oían los chasquidos del mar.

—No se mueva de aquí. Me preocupa Weyl —dijo Jerry.

Ella encendió su lámpara. Ya respiraba casi normal. Se acucilló, junto a los tanques de aire. Jerry se alejó, dando un rodeo, para esquivar la peligrosa grieta.

Entró en otra cueva. Allí había luz, proyectada por la lámpara de Weyl. La había dejado sobre un peñasco y él se hallaba tendido.

—¿Estás dormido? —preguntó Jerry, en tono jocosos, pero era por quitar dramatismo al momento.

Sobre peñascos y en cavidades de las paredes aparecían objetos que formaban parte del equipo de los comandos. La pistola «Colt», el cuchillo, la bolsa de víveres, la pequeña emisora.

Weyl estaba desmayado. Jerry lo examinó. Más que asfixia, lo estaba era aterido. Se puso a darle masajes y Weyl fue volviendo en sí.

—Perdone, capitán —murmuró.

Y por el gesto, por la forma que miraba a Jerry parecía estar viviendo horas dejadas muy atrás.

—No volverá a ocurrir, capitán...

Era todo el respeto que mandaban las ordenanzas más la admiración que el subordinado sentía por el jefe.

—¡Despierta, Weyl! —prorrumpió Jerry, dándole en las mejillas —. Estás muy débil para bucear... Necesitas entrenarte.

Weyl quedó unos momentos mirando a las paredes, como

tratando de reconocer el sitio donde se encontraba.

Gisele asomó con su lámpara.

—¿Por qué se ha movido de donde la he dejado? —preguntó Jerry, yendo hacia ella, irritado.

—No hay peligro. Sé dónde está la grieta.

—No se trata solamente de la grieta. Hay que suponer que estas cuevas estén minadas.

Weyl y la muchacha hicieron un gesto de estupor.

—Si existen aquí dentro valores, no espero que se encuentren a la Arista —señaló los objetos que había esparcidos por la cueva—: Tocar cualquiera de esas cosas, puede significar que todo esto vuele.

Siguió un silencio. Los tres no hacían más que mirar las paredes y el suelo de la cueva.

—¿Cree que «Karten»?... —empezó Gisele, en voz baja.

—Si hace días que escapó del sanatorio, ha tenido tiempo de venir antes que nosotros.

—Lo extraño es que no haya venido en todos estos años —apuntó Weyl.

—No podía bucear —manifestó Gisele—. Sus pulmones fueron dañados por las heridas de guerra. Los períodos de cárcel acabaron de fastidiarlo...

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Jerry.

—Tengo un historial clínico, facilitado por los centros donde «Karten» ha estado, tanto en cárceles como en sanatorios. Ahora era cuando mejor se encontraba, desde la guerra... Y esa confianza en sus fuerzas es la que posiblemente lo ha perdido, al impulsarle a nadar más de lo que podía...

—Pero, Gisele —la interrumpió Jerry—: ¿Usted cree que él ha muerto ahogado?

—¿No es posible?

—Claro que lo es... Pero en el caso de «Karten», me incluyo a creer que es Domco Scarochi quien se ha hecho con él.

Gisele no pudo disimular más.

—¡También yo lo creo, Jerry! —exclamó, muy afectada.

Jerry paseaba la luz por distintos rincones de la cueva. En algunos puntos el suelo era de fina arena.

—No se muevan de aquí... No sólo por el peligro que puedan correr al pisar una carga explosiva, sino porque hay que evitar el borrar huellas, si es que existen.

No era solamente por eso. Lo que quería evitar a Gisele era el macabro espectáculo que presentía en las otras cuevas.

Se marchó. Weyl, adivinando lo que Jerry quería evitar a la muchacha, se puso a referir cosas que les habían sucedido a los comandos, estando en aquel refugio.

Jerry tardó un largo rato. En vano se esforzó por mantener un gesto inexpresivo.

Tanto la muchacha como Weyl se dieron cuenta de que Jerry regresaba de una excursión que lo había afectado.

—¿Ha visto algo de interés? —preguntó Gisele.

—No he tenido tiempo de recorrer todos los departamentos...

—¿Ha visto muertos?

—Estas cuevas están sometidas a una lluvia de arena. Han sido muchos... Quizá estén cubiertos. Yo lo que he querido hacer ahora es dejar marcas para ver si alguien entra después que nosotros. En cuanto a los valores, si existen, es de suponer que estén enterrados en lugar muy difícil.

Weyl aguardó a que Jerry hiciera una pausa, para preguntar:

—¿Qué tal está esto de armamento?

—Es un arsenal... Los «maquis» se proveyeron para rato.

—¿Queda algo de lo nuestro?

—Bombas-lapa he visto muchas...

Tenía prisa por sacar a Gisele de allí.

—Vámonos: Los que pueda haber vigilando, si ven que no salimos, pensarán que nuestros tanques suministran demasiado tiempo, y deducirán que hemos hallado las cuevas...

En la salida Weyl soportó mejor. Pero tuvo que buscar la superficie antes de lo que Jerry deseaba.

Al emerger la cabeza se encontraron con que la lancha no estaba donde esperaban. La vieron en la entrada de la bahía, como sirviendo de eje a varias canoas que impulsaban patines, en los que iban hermosas bañistas.

El alemán Rechberg parecía entretenido en la contemplación de aquel bello espectáculo, de espuma y cuerpos bronceados.

—Algo ha sucedido para que el señor Rechberg se alejara —dijo Gisele, antes de que nadie hiciera ningún comentario.

Se arrimaron a las rocas. Ya sobre ellas, se quitaron las aletas. Rechberg les vio y empezó a virar, mientras aceleraba.

—No se vuelvan —dijo Jerry, a Gisele y a Weyl.

Alguien descendía desde lo más alto de la ladera de peñascos. Era Byrne, el individuo de la nariz aplastada, que Jerry y Weyl ya habían visto en el hotel.

Bajaba procurando no resbalar, sin quitar la mano derecha de debajo de la americana, buscando la sobaquera, seguramente ya con el arma empuñada.

—¡Esto es estúpido, que no vayamos armados! —rechinó Weyl.

—¡En la lancha!... —empezó a decir Gisele.

—¡Cállese! —cortó Jerry.

El individuo ya estaba muy cerca.

—¡Los dos hombres que se alejen! —prorrumpió Byrne, ya con la pistola a la vista—. He de dar un recado a la señorita... ¡Vamos!...

Jerry fue el primero en levantarse, con la mascarilla en las manos, los tanques de aire a la espalda. No llevaba en los pies las aletas.

Se quedó mirando al individuo, sin que el arma que éste sostenía pareciera importarle.

—¿Acostumbra a emplear siempre esos modales? —preguntó Jerry.

—¡He dicho que se aparten, o lo sentirán!...

Weyl estaba más pálido que nunca, por la ira.

Gisele se mordía el labio inferior y se hundía las uñas en las manos, para no prorrumpir en denuestos contra el individuo.

No quería desobedecer la consigna que Jerry le había transmitido en una fugaz mirada: que estuviera quieta, lo mismo que Weyl.

La lancha había amainado, como si Rechberg también hubiese recibido aviso de Jerry, de que se mantuviera al margen.

La verdad era que Jerry estaba haciendo esfuerzos por no soltar un grito de alegría. ¡Por fin tenía a su alcance un eslabón!

—Desde que estoy en Saint-Jacques, he recibido varios avisos,

pero sin ver la cara de quien me los daba —dijo en tono ligero Jerry—. La verdad es que no esperaba que fuera una cara tan fea —y rompió a reír.

Tanto Gisele como Weyl miraron a Jerry, como si temieran que se hubiera vuelto loco.

El individuo se puso más feo, al contraer el rostro en un acceso de furor.

—¡Que lo descalabro, como me llamo Byrne!...

Tenía la pistola montada. Jerry hizo un encogimiento de hombros, y como resignándose, empezó a alejarse, indicando con el gesto a Weyl que lo imitara.

—¿Qué recado es ese que tiene que darme? —preguntó ásperamente Gisele.

—Es de parte del señor Domco Scarochi —se apresuró a decir Byrne, convencido de que el nombre surtiría efecto.

No se equivocó: tanto la muchacha como Jerry y Weyl, se quedaron mirándolo, muy atentos.

—¿Es que ha venido a Saint-Jacques? —preguntó Gisele.

—Llegará a la noche en su yate... Nos ha enviado un radio indicándonos que le transmitamos sus mejores saludos. Y que esta noche dará una fiesta, y confía en que usted...

Jerry había ido desligándose, hasta quedar casi a espaldas del individuo. Este se dio cuenta e intentó girar.

—Muévete y seré yo quien te descalabre —dijo Jerry—. Te estoy apuntando...

Y era cierto que le estaba apuntando con una pistola «Colt», recogida en la cueva, Junto con la mascarilla todavía conservaba la bolsa de plástico que llevó a la cueva, y en la cual había metido el arma,

—Déjate quitar el arma, si es que tienes un dedo de frente —dijo Jerry—. Apúntale tú, Weyl. Yo se la quitaré.

Lo que Jerry quería era acercarse. Y dejarse coger por el individuo.

Lo consiguió. Al ir a cogerle el arma, Byrne abrió los brazos para golpearlo con los dos puños en la cabeza.

Había soltado la pistola, que quedó entre dos peñascos, fuera del agua.

Jerry estaba esperando esta embestida y se agachó, para agarrarse de las piernas del individuo, haciéndole perder el equilibrio.

Byrne fue de cabeza al agua. Jerry se colocó la mascarilla y se sumergió, un poco lejos de donde había caído el individuo. Este manoteaba, para mantenerse a flote y acercarse a los peñascos.

Jerry había desaparecido de la superficie. Al momento se vio a Byrne haciendo gestos de pánico mientras se hundía. Cuando su cabeza emergió, ya estaba lejos de los peñascos.

Se puso a bracear desesperadamente. De pronto, se hundía de nuevo. Cuando asomaba, soltaba chorros de agua por la boca, giraba, buscando a su alrededor. Y nunca encontraba a Jerry.

De pronto lo oyó detrás, en el preciso momento en que una mano lo asía del cuello de la camisa.

—¡Y como me llamo Jerry Skinson —empezó parando la forma de amenazar del individuo— que te ahogo como no vuelques todo lo que sepas sobre «Karten»!...

Contra lo que el individuo podía esperar, Jerry no le preguntaba por el jefe, por Domco Scarochi.

Tardó en contestar. Demasiado. Y su cabeza volvió a sumergirse. Jerry esta vez le hizo ver que disponía de todas las ventajas. No sólo sabía desenvolverse dentro del agua como un pez, por su experiencia y grandes dotes de nadador, sino que con la mascarilla y los tanques de aire podía tener todo a su favor, aunque su contrincante fuese también un nadador superdotado.

Cuando le dejó asomar la cabeza, la lancha tripulada por Rechberg ya estaba junto a las rocas, y Gisela y Weyl estaban echando todo a bordo.

Jerry lo dejó que respirara.

—¿Dónde está «Karten»? —preguntó.

—¡En el... yate!... —barbotó, soltando escupitajos y tosiendo.

—¿Y por qué no está aquí?

—Porque... está... herido...

—¿Quién lo hirió?

—Él mismo... cuando fuimos a recogerlo... en la costa inglesa...

—¿Estaba él de acuerdo en que lo recogierais?

—Sí... Luego... se arrepintió...

La lancha fue acercándose, ya con la muchacha y Weyl a bordo.

—¿Cómo se hirió?

—Saltó de nuestra lancha... en un sitio donde había muchas rocas... y mucha corriente...

Jerry le hundió la cabeza en el agua y enseguida tiró de él.

—¡La verdad!

—¡La he dicho!...

Lo soltó, sumergiéndose. Y una vez más lo cogió de las piernas, obligándolo a sumergirse.

Era cuando más pánico sentía: cuando se sentía cogido de las piernas.

Jerry lo ayudó a Esgarrarse a un cable que habían tirado desde la lancha. Mientras se acercaba a la embarcación, Byrne escupía y tosía.

Era evidente que estaba pasando el peor rato de su vida.

—Di todo lo que ha ocurrido con «Karten» —mandó Jerry.

—Lo herimos... de un disparo... cuando quería escapar...

—¿Cómo lo llevasteis a bordo del yate?

—El «Stella» nos esperaba frente a la costa.

Jerry le hizo otras preguntas, sobre el estado de «Karten». El individuo no parecía mentir al asegurar que estaba herido y que eso le imposibilitaba para bucear.

—¿Cuántos sois en Saint-Jacques de la misma pandilla? —preguntó, creyendo que no le contestaría.

Pero el individuo estaba verdaderamente aterrorizado.

—¡Somos tres! ¡Pero quien manda de los tres es Horvat! ¡Está en el mismo hotel! ¡Él tiene el radio que envió el jefe!...

Jerry lo obligó a subir a la lancha. Weyl lo encañonó con la pistola que antes llevó el individuo.

—¿Qué hacemos con este tipo? —preguntó Weyl—. ¿Lo echamos en alta mar?

Gisele creyó que lo decía en serio y miró a Jerry, alarmada. Este se dio cuenta del significado de esa mirada y dijo:

—Está usted equivocada si cree que este asunto es un juego. Esta gente mata a sangre fría... Mejor es que no llegue la ocasión de comprobarlo.

El alemán permanecía atento al timón. Costeaban, alejándose de

la entrada de la bahía. Jerry se le colocó al lado y le cuchicheó algo al oído. Rechberg asintió con un movimiento de cabeza.

El individuo entendió que querían echarlo al mar, y puso unos ojos desorbitados. Se volvió de cara a Gisele.

—¡He dicho todo cuanto sabía!...

—No irás al agua —dijo Jerry—. Tampoco a la cárcel.

No iría a la cárcel porque no interesaba que las autoridades intervinieran demasiado pronto.

—Te dejaremos en un punto de la costa para librarnos de ti unas cuantas horas —continuó Jerry—. Un poco de ejercicio no te vendrá mal...

Donde lo desembarcaron, Byrne no podía hacer otra cosa que andar y andar, entre riscos y maleza para procurar que la noche no le sorprendiera lejos de poblado.

Apenas dejarlo, la lancha viró. Antes de emprender el regreso, Jerry gritó a Byrne:

—Te conviene permanecer alejado del jefe por una temporada...

Eso lo sabía demasiado Byrne. No ignoraba cómo las gastaba Domco con los que se iban de la lengua.

La lancha emprendió el regreso a toda velocidad. Gisele se había metido en la cabina, para vestirse.

Apareció con un pantalón corto y un jersey, la cabellera negra suelta, muy mojada. Se sentó en la borda, cruzando una pierna sobre la otra y empezó a escurrirse el cabello.

Entró Jerry en la cabina y en unos instantes se vistió. Mientras tanto, Rechberg explicaba que tuvo que alejarse con la lancha mientras ellos estaba» sumergidos, porque aquel individuo apareció entre las roas e hizo acción de sacar la pistola.

—Pensé que quería apoderarse de la lancha para someter a ustedes... Cuando vio que me alojaba hacia la entrada de la bahía, creyó seguramente que iba a llamar a las autoridades, y retrocedió...

Ya estaban en la bahía. Jerry miró a Gisele.

—¿Tiene el coche cerca?

—Sí.

—Lléveme al hotel.

Rechberg y Weyl debían quedarse en la lancha y situarla en el

embarcadero reservado a Gisele.

En el momento en que la muchacha saltaba a tierra, Jerry le pidió la pistola a Weyl.

—¿Cuál de las dos quieres?

—La de ese tipo. La que he sacado de la cueva está estropeada.

Entonces Weyl la examinó y vio que era verdad. Y le entró un acceso de risa.

Gisele se encaminó a donde estaba el coche. Los bañistas se quedaban mirándola, admirando su estilizada figura, sus nervudas piernas y el bronce de su piel.

No podía haber más belleza en su juvenil cuerpo, magistralmente formado. Jerry se quedó intencionadamente rezagado, para admirar la estrechez de su cintura, la leve, anchura de las caderas, altas y prietas.

De pronto Gisele se volvió y se quedó mirándolo.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada. Que la estoy admirando —contestó Jerry, echándose a reír.

Ella frunció el ceño. Pero era por disimular. Sus mejillas enrojecieron y una sonrisa asomó en sus labios, ahora fuertemente rojos.

—Usted ha visto algo en las cuevas que me oculta —dijo ella, ya junto al coche.

—No he tenido tiempo de examinarlas detenidamente. Han sido muchos años lloviendo arena...

—¡Pero había cadáveres! —exclamó, en tono súbitamente dramático.

Jerry la cogió de un brazo, indicándole que subiera al coche.

—Hay prisa, Gisele —indicó, fríamente.

A ella le sonó a voz de mando. Sentados los dos en el baquet, ella cogió el volante, con el ceño fruncido.

De pronto volvió la cara, para asaetarle con los ojos.

—¡Usted debe informarme de todo! ¡Y consultarme, antes de hacer nada!...

—¿De veras? ¿Usted me consultó para «traerme» aquí?

—¡No es lo mismo! ¡En nada le perjudicaba! ¡Le he proporcionado unas «vacaciones» como usted nunca había

imaginado!...

—Las tenía proyectadas en «mi» bosque, y con «mi» amigo, que se ha quedado en Nueva York defraudado...

—¿Su bosque? ¿Usted tiene un bosque?

—Todo lo que mis ojos ven con agrado, es mío.

—¿También de su amigo?

Ya el coche estaba en marcha.

—Mi amigo da saltos ante todo lo que a mí me complace.

El hotel estaba muy cerca. Ella dio un frenazo ante la puerta.

—¿Qué clase de amigo es ése?

—Un perro —contestó Jerry, bajando del coche.

Gisele soltó una carcajada y sin abrir la portezuela saltó a tierra. Jerry ya estaba en el vestíbulo.

Los empleados, al ver a Gisele —era, en realidad, una de las principales accionistas del grupo que administraba los dos mejores hoteles— acudieron a la puerta.

—¿El señor Horvat? —preguntó Jerry.

—Está en su habitación —contestó el conserje.

—¿Ha recibido algún radiograma?

—Ya ha recibido dos esta mañana.

—¿Qué habitación ocupa?

—La 120, en su misma planta.

Jerry se volvió a mirar a Gisele.

—Puede esperar aquí.

—No. Iré con usted.

El ascensor estaba aguardándoles, a pesar de que Jerry nunca lo utilizaba para ir a su habitación.

Esta vez aceptó. Y apenas salir del ascensor emprendió el corredor en rápidas zancadas. Gisele echó a correr detrás.

—¿No se pasa de la raya, señor Skinson? Ha obligado a los empleados a que le dijeran cosas que no debían...

—¿Que un cliente ha recibido unos radiogramas? También se asusta por poco...

—¡No me asusto! Lo que quiero es que, no pierda el control sobre sí mismo... Recuerde que no estamos en guerra.

Jerry se detuvo de repente. Y se volvió a mirarla, con dureza.

—Lo recuerdo... Y guárdese de coartarme. La primera noche de estar aquí, su coche estuvo a punto de cogerme. Y horas después, un proyectil cortó el tubo de la mascarilla...

Gisele enrojeció y desvió la mirada.

—Es cierto... No me haga caso —murmuró.

Jerry siguió corredor adelante hasta torcer a la izquierda, donde vio el número que correspondía a la habitación de Horvat. Dentro estaban hablando fuerte. Alguien maldecía. Y sonaba el nombre de Byrne.

Un individuo replicaba, excusándose. Por las palabras que Jerry oyó, dedujo que se estaban refiriendo a lo que habían hecho con Byrne.

Dio unos golpes en la puerta. Desde dentro preguntaron.

—Un telegrama —Jerry fingió la voz de un hombre viejo.

—¡Abre! —dijo el que momentos antes estaba maldiciendo.

El individuo que había estado excusándose, se acercó a la puerta y despasó el pestillo, Jerry empujó.

El individuo debía ser muy desconfiado, porque cuando despasó el pestillo, con la otra mano empuñaba una pistola.

Jerry le cogió la muñeca con una mano, con la otra hizo como que iba a pegarle en el estómago y el individuo soltó el arma para cubrirse. Fue entonces cuando Jerry disparó los puños, buscándole la mandíbula.

Gisele quedó unos momentos inmóvil en la puerta. Al chascar los puños cerró los ojos. Pero enseguida los abrió, entrando en acción.

Se lanzó sobre la pistola que había soltado el individuo y la dirigió contra el otro individuo, contra

Horvat, que había quedado como petrificado, de espaldas a una mesita llena de papeles.

El individuo golpeado en la mandíbula cayó de espaldas, quedando inconsciente.

—¡Cierre, Gisele! —mandó Jerry.

La muchacha obedeció, sin dejar de apuntar a Horvat.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó el individuo de cabellos grises y nariz aguileña, mostrando la bancada de muelas de oro.

—Usted debe saberlo muy bien —contestó Jerry—. Se interesan

tanto por nuestros pasos, que hemos decidido la señorita y yo, venir a exponerles todos nuestros proyectos... ¿Le parece bien?

Diciendo esto avanzaba hacia él. Horvat, de pronto, recordó los papeles que tenía sobre la mesa e intentó volverse, para ocultarlos o destruirlos.

—¡Quieto! —dijo Jerry, dando un salto y agarrándolo con una mano de la flamante camisa.

Le dio un empujón, apartándolo de la mesita.

—¡No toque eso! ¡No tiene ningún derecho! —chilló Horvat.

Jerry ya tenía dos radiogramas en las manos. Los leyó, sonriendo.

—¿Cómo que no? Se refieren a la señorita Gisele, y al «capitán» Skinson... Fui capitán cierto tiempo. Luego ascendí... ¿Cómo no se ha enterado el señor Scarochi?

—¿Qué dice ahí? —preguntó Gisele, llena de ansiedad.

—Qué importa que yo quede en «condiciones» de bucear... porque «Karten» ha fallado. Tome, léalo...

Era verdad lo que Jerry decía. Cuando la muchacha leyó en uno de los radiogramas que Jerry debía quedar en condiciones de actuar bajo el agua, miró irritada a Horvat.

—¡Este hombre tiene derecho a chafarles la cabeza!... ¿Cómo pueden disponer de la vida de nadie con esa frialdad? ¿Cómo no están todos en presidio?

Jerry se echó a reír.

—En toda América, y en todo el mundo, se sabe que Domco Scarochi es un asesino y un ladrón... Y por ahí lo tenemos, paseándose en su yate, con personalidades a bordo,...

—¡Por algo será, que muchas personalidades se sienten honradas al verse invitadas por el señor Scarochi! —replicó Horvat, queriendo ser irónico.

—Todos sabemos por qué es —contestó Jerry, sonriendo—. Todas las leyes tienen sus fallos, si hay quien pague las lupas con qué encontrarlos. Pero aquí ya hemos conseguido más de lo que esperábamos —dijo Jerry, haciendo una transición.

Se volvió de espaldas a Horvat, quedando de frente a la muchacha.

—Ya ve que es cierto que a «Karten» no pueden utilizarlo —

agregó Jerry—. El amigo Scarochi tendrá que aceptar las condiciones que usted quiera imponerle.

—¿Yo? —saltó Gisele, con los ojos llameantes—. ¡Yo tratar con ese gángster! ¿Por qué tenía que hacerlo?

Jerry, sin dejar de sonreír, dijo:

—Eso quería oírle —y se volvió de cara a Horvat—. Dígale a su jefe que le conviene no acercarse a esta playa.

Pasó junto al individuo que había derribado con los puños. Este había despertado, pero no osaba incorporarse, viendo a la muchacha con la pistola en las manos.

—Vámonos —dijo Jerry, abriendo la puerta y agarrando a Gisele de un brazo.

En el corredor, ella dijo:

—Esta mañana hablaba usted de la necesidad de cambiar de alojamiento... ¿Por qué no vienen a mí villa?

—Iba a proponérselo. Weyl y yo tenemos el equipaje preparado.

Al llegar a la habitación llamó a un empleado. Momentos después el equipaje estaba en el coche.

Regresaron a la playa, para recoger a Weyl y a Rechberg. La muchacha se quedó unos momentos mirando el horizonte.

—¿Qué? —preguntó Jerry, después de haber seguido la dirección de su mirada.

Se veía una nave de lujo.

—El «Stella» —contestó Gisele.

Capítulo IV

CUANDO GISELE mostró la habitación donde guardaba las «reliquias», solamente Jerry la acompañaba. Weyl y Rechberg se habían quedado en la terraza, escrutando la playa con unos prismáticos.

En aquella habitación había varias vitrinas. Algunas contenían cascos de metralla, espoletas de bombas de aviación...

Lo que atrajo enseguida la atención de Jerry era la vitrina dedicada a utensilios de los comandos. En lugar preferente estaban unas aletas, con un signo impreso con tinta imborrable, el mismo en las dos.

—¡Son mis aletas!... ¡Ese signo lo empleaba yo para firmar mis órdenes!...

Se volvió para mirar a Gisele. La encontró con un gesto extraño, en el que había burla y cólera.

—¿No me pregunta cómo han llegado aquí? — inquirió, mordaz.

—¡Claro que se lo pregunto!...

Ella, en un movimiento brusco, se volvió de espaldas y pareció dispuesta a salir de la habitación.

Jerry la sujetó de los brazos.

—¡Espere!...

La hizo volverse y estuvo durante unos momentos mirándola al rostro. Ella dejó de respirar.

Jerry cerró por unos instantes los ojos.

—¡Yo di mis aletas... como lo mejor que poseía... a una niña que me deseó suerte!...

Soltó a la muchacha y se acercó al ventanal, que miraba tierra

adentro.

—Pero fue muy lejos de aquí, más allá de esa cordillera... ¿Fue usted, Gisele?

—Si no lo recuerda, ¿qué importa quién fue?

Jerry se volvió rápidamente.

—¡Fue usted! ¡Recuerdo a dos viejos y a una niña!... Llegué agolado, con fiebre... Y con fiebre rae marché, después de no sé cuántos días de estar con los viejos y la niña...

—Siete días —dijo Gisele—. Y es cierto que dio esas aletas, como dando lo mejor que poseía...

Jerry levantó la tapa de la vitrina, introdujo una mano, y las acarició.

—¿Por qué las guarda con tanto cuidado?

—A los pocos días de marcharse usted llegó mi hermano Jules, con un grupo de «maquis». Habló de los barcos hundidos por los comandos, y cuando mis abuelitos le dijeron que un comando había pasado por la finca, lamentó no haber llegado a tiempo... Semanas más tarde se refugió otro comando...

—Jenkins...

—Sí. Entonces estaba Jules en casa. Al ver sus aletas dijo que pertenecían al jefe, y le puso a usted por las nubes...

La muchacha fue a situarse frente al ventanal, de espaldas a Jerry.

—Refirió proezas, y mi hermano no hacía más que mirar las aletas, como una insignia que nunca merecería... ¡Pobre Jules!...

Quedó callada, de espaldas. Jerry la vio haciendo esfuerzos por contener un sollozo.

Se le acercó, colocándole las manos sobre los hombros. Ella no se movió. Pero Jerry advirtió que se estremecía.

—Siento no haberla reconocido antes... Recuerdo a una criatura muy bonita... Quizá es el único recuerdo agradable que conservo de aquella etapa de tanto barro.

Después de una pequeña pausa, ella todavía de cara al ventanal, preguntó:

—¿Nunca sintió el deseo de volver por aquí?

—Sí... Lo mismo que Weyl. Deseando venir, y sintiendo horror a hacerlo...

—Saint-Jacques ya no es lo que era... Cuando terminó la guerra aquí todo eran ruinas y luto.

Jerry se separó de ella, dirigiéndose a otro ventanal. Este encaraba con los acantilados.

Gisele se le acercó. Vio a Jerry abstraído, mirando los peñascos y el mar.

—¿Cómo fue la última noche que pasaron juntos los comandos?

—Muy triste. Todos teníamos consciencia de que no volveríamos a vernos...

—Usted trasladó sobre sus espaldas a «Karten», al pueblo, cuando los nazis estaban dando batidas por los alrededores. Él nos lo dijo...

La última noche... Rápidamente iba formándose en el recuerdo. Gracias a las gestiones de Jerry los comandos disponían de ropa de campesino con que disfrazarse. La mayor parte del equipo debía quedar en las grutas.

Salieron con el traje de caucho. Fuera, en los acantilados, se despojaron del traje impermeable y de cuantas prendas pudieran resultar demasiado significativas. Uno de los comandos, en sucesivos viajes, se encargó de trasladarlo todo a las cuevas.

Las ametralladoras quedaron también en el refugio. Y las canoas neumáticas. Procuraron que ningún rastro apareciera en el exterior.

—Yo conservé las aletas —dijo Jerry—. Más tarde, me sorprendí de aquel deseo tan infantil... Pudo llevarme al paredón.

Descendieron a la terraza. Weyl les había llamado.

—¡El yate ha entrado en la bahía!...

Jerry cogió los prismáticos que Weyl le daba. Gisele cogió los de Rechberg.

Durante unos momentos estuvieron mirando la cubierta del «Stella». Había pasajeros de todas las edades, la mayoría con vestimenta chillona. Algunas muchachas estaban poco menos que desnudas.

—¿Reconoce a alguien? —preguntó Jerry.

—Sí. Son poco más o menos los que ya estaban la otra vez. Algún hombre de negocios, alguna estrella de cine... Y, desde luego, periodistas —concluyó Gisele, con cierta irritación.

—Quizá Domco pretenda utilizar a los periodistas como un

arma —sugirió Jerry.

—La otra vez va me insinuó, que dando una gran publicidad a este asunto, yo quedaría en una situación comprometida, por haber callado este secreto tanto tiempo...

—Pero, ¿no fue él quien le informó?

—Sí. Pero el cinismo de Domco es bien conocido. Él dijo que nadie podría demostrar que él lo supo antes que yo...

—Si cierra la noche y el «Stella» permanece frente a esta playa, Domco lo lamentará —dijo enigmáticamente Jerry.

Todos se le quedaron mirando. Jerry, tras permanecer unos momentos pensativo, se volvió de cara a Gisele.

—He visto muertos... Algunos con el traje de caucho agrietado, y partido por los huesos... ¿No se arrepentirá de acompañarme?

—¡No!... ¿Cuándo ha de ser?

—Tan pronto anochezca...

Weyl y Rechberg se miraron.

—¿Quién ha de quedar en la lancha? —preguntó Weyl.

—Tú. Y si el señor Rechberg quiere acompañarnos.

—Desde luego.

—Llevaremos armas —dijo Jerry—. Todavía más, cuando salgamos de las grutas...

* * *

Weyl se quedaba en la canoa y Rechberg en el acantilado. Los dos iban provistos de pistola y lámpara automática.

Jerry y Gisele se sumergieron, llevando atadas a una cuerda bolsas de plástico, dentro de las cuales iban utensilios de cura, material fotográfico, dos pistolas y varios cargadores.

Todo el camino quedaría señalado por un cable muy delgado, que podrían seguir en cualquier momento de apuro.

Weyl, desde la canoa, iba ayudando a que el cable se desenrollara. A los pocos segundos de desaparecer Jerry, se dejó caer Gisele.

Weyl permanecía atento al rollo de cuerda. Este iba reduciéndose, siempre al mismo ritmo. De pronto se paró.

Esperó a ver la señal de que habían llegado a la cueva de entrada, pero los tirones concertados no se produjeron.

Y, a los pocos momentos, la cuerda siguió desenrollándose. Momentos después advirtió que la cuerda se desenrollaba demasiado deprisa.

Luego se produjeron tres tirones. Lo convenido eran dos. Pero Weyl pensó que se habían equivocado. Ató la cuerda a una argolla de cubierta y se dispuso a esperar.

Por unos momentos miró al espolón coronado de terrazas. Allí seguía la fiesta, y en algunos momentos los vaivenes de la canoa parecían seguir el ritmo de la música.

Sentía frío y se inclinó para coger una chaqueta de cuero que tenía en el fondo de la lancha. Fue al inclinarse que advirtió a babor algo así como dos garras que acababan de aferrarse a la borda.

El primer impulso de Weyl fue agarrar aquellas dos manos, que parecían acusar un gran esfuerzo, como de alguien que pugna por salir del agua.

Pensó que quizá Gisele había tenido que retroceder, desorientada, o por falta de práctica en la natación submarina.

Pero cuando ya sus manos iban a rozar las del otro, se contuvo.

Al lado, en la regala de proa tenía la lámpara automática.

Miró al acantilado. Estaba todo muy oscuro. Nubes espesas ocultaban la luna. Pero había un fuerte viento que a cada instante estaba cambiando el cielo, llevando las nubes de un lado a otro.

Cogió la lámpara con toda rapidez y apuntando al agua apretó el resorte.

A flor de agua distinguió un casco de trazo distinto al que llevaban Jerry y Gisele.

Al advertir el chorro de luz, el que permanecía sumergido retiró las manos. Por unos segundos mantuvo la cara levantada.

Weyl entrevió bajo el agua el círculo de la mascarilla, y entre un borrrón de burbujas, dos puntos fulgentes, que vagamente recordaban unos ojos.

Todo desapareció enseguida. Quedó solamente un temblor de agua turbio, de arena removida.

Weyl fue adonde tenía el cable y tiró de él, con brevísimas

pausas, dando la señal de alarma. Pero la cuerda, de pronto, cedió.

La habían cortado...

* * *

Jerry advirtió los tirones del cable, en señal de alarma. Y tocó en un hombro a Gisele dándole la consigna.

Tenían todo previsto, intencionadamente habían tomado una ruta falsa. La cuerda conducía a un laberinto de pasadizos.

Al saberse seguidos, cortaron la cuerda, quedándose con todos los paquetes, y buscaron una mayor profundidad.

Entre un grupo de peñascos hizo que Gisele esperara. Jerry se marchó, con todos los paquetes. Minutos más tarde estaba de vuelta.

Gisele aguardaba, pegada a las rocas. Ya juntos, emprendieron con lentitud el ascenso.

En la lancha estaban ahora Weyl y Rechberg. Se habían alejado del sitio aguardando en un punto convenido para el caso de alarma.

—¡Ahí están! —dijo Weyl, inclinado sobre el agua, viendo las burbujas.

Asomaron los dos al mismo tiempo. Jerry llevaba un pesado paquete que le pasó a Weyl. Al tenerlo éste en las manos, soltó una exclamación:

—¡Válgame!...

—¡Prepárala mientras navegamos hacia el «Stella»! —indicó Jerry.

Ni siquiera subieron a la lancha. Rechberg empuñó el timón mientras Weyl graduaba el proyectil.

—¿A qué tiempo, Jerry?

—¡Cuatro horas!

—¿Y si falla?

—No te preocupes. Aquí llevo otra.

La traía enganchada a la espalda. Weyl se sentía como embriagado recordando los viejos tiempos. Pero ahora faltaban los reflectores, las cargas de profundidad, las ráfagas de ametralladora.

El «Stella» se encontraba en plena fiesta, a la entrada de la

bahía. Muchas canoas evolucionaban por los alrededores, arrastrando patines y barquichuelos sin motor, donde iba gente cantando.

La lancha de Gisele pasó inadvertida. Rodearon el «Stella» y, de pronto, cuando se situó en el lado contrario a la playa donde había más oscuridad, paró el motor.

Se quedó Gisele a bordo, junto con Rechberg. Jerry y Weyl se sumergieron.

Jerry aplicó la bomba imán en el vano de la hélice, lo más cerca posible de la bocina. El proyectil quedó fuertemente adherido.

Fue siguiendo la quilla y bajo la sala de máquinas colocó el otro proyectil. Mientras tanto Weyl vigilaba, con un rifle de pesca.

Regresaron a la lancha. Gisele estaba como aturdida. Jerry no le había dicho nada de lo que estaban haciendo.

Emprendieron el regreso hacia los acantilados llevando muy poca velocidad.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —preguntó la muchacha—. ¡Toda esa gente puede morir!...

—Quedan cuatro horas —contestó Jerry, tranquilamente.

Weyl refirió las manos que había visto agarradas a la borda. Y luego el rostro sumergido.

—Hay más de uno buscando la entrada de las grutas —manifestó Jerry—. Esto es un nido de tiburones, Gisele. Ahora debía quedarse a bordo, con el señor Rechberg.

—¡No! ¡Me sería imposible permanecer aquí arriba, en completa pasividad!...

—Se equivoca, Gisele. Aquí arriba hay algo que hacer —replicó Jerry—. El señor Rechberg ya tiene instrucciones.

La muchacha se volvió al alemán.

—¿Qué hay que hacer aquí?

—Si se queda, lo sabrá —contestó Rechberg, con un matiz divertido—. Puede que le guste el espectáculo.

La muchacha se revolvió.

—¡Es por intrigarme!... ¡Pues no me quedaré!

Estaban ya Regando al sitio donde debían sumergirse. No llevaban ninguna luz y las nubes convertían la noche casi totalmente negra.

—Gisele: las dos bombas las tenía en la entrada de la gruta. No he encendido ninguna luz y no sé, por tanto, si dentro había alguien... Esto va a ser muy peligroso. Usted todavía no está convencida de que esta gente está dispuesta a devorar...

—¡Estoy convencida, Jerry! —era quizá la primera vez que le llamaba así, por el nombre, con toda familiaridad—. ¡Y si yo les he metido en este riesgo, lo menos que puedo hacer!...

—Está bien —la interrumpió Jerry—. Se colocará en todo momento entre nosotros dos, hasta que estemos en las grutas. Allí, ya veremos... Prometa que obedecerá.

—Obedeceré —dijo Gisele.

Se sumergieron, llevando los tres un rifle submarino. La lancha esperó unos minutos. Luego viró y emprendió el rumbo de la bahía.

Al pasar junto al «Stella» vio que todo seguía en fiesta...

Capítulo V

Tan pronto Jerry irrumpió por el agujero que daba a la cueva,

medió inundada, se volvió para recoger los tanques y la mascarilla que Gisele le ofrecía con las manos en alto. Luego la cogió de los brazos y tiró hacia arriba.

La lámpara automática que había apoyado en una grieta, encarada al centro de la cueva, alumbró la prodigiosa aparición de la hermosa muchacha, ahora con todo el esplendor de su belleza, al desprenderse del casco y el chaleco, que daban a su silueta un aire de criatura mitológica.

Aparecieron a continuación las manos de Weyl, con los dos rifles, el de la muchacha y el suyo.

Ya los tres de pie, con agua hasta la cintura, quedaron mirándose, todos con un signo de ansiedad en el rostro.

—Yo no he visto a nadie —dijo Weyl.

—Tampoco yo —manifestó Gisele.

Jerry miraba al agujero que conducía a la otra cueva. Se inclinó y hundió los brazos en el agua. Guando se incorporó tenía una cuerda en las manos.

Fue tirando de ella y aparecieron las bolsas de plástico.

—Voy a trasladar todo a la otra sala... Esperad aquí.

Al poco asomaba por el agujero y les bacía señas de que se acercaran, en el mayor silencio.

—En la arena hay huellas recientes...

De las bolsas de plástico sacaron las pistolas, y los cargadores de repuesto. La lámpara de Jerry no cesaba de girar, enfocando todos los rincones.

De pronto la mancha de luz se detuvo en un sitio donde había

arena removida. Aparecían huesos y trozos de goma acartonados. Jerry se acercó, después de indicar a la muchacha y a Weyl que esperaran.

Después de buscar en la arena, sus dedos aparecieron enredados con una cadenilla de la que pendía una chapa de metal.

No la miró. ¡Qué importaba quién fuera!... Un soldado. Uno más con el aliento apagado y los huesos triturados.

La lámpara de Jerry fue recorriendo la base de las paredes. Por el suelo se veían restos de canoas plegables. La chapa de la cubierta se había convertido en astillas podridas. La goma aparecía retorcida, hecha girones.

Contó restos de cuatro canoas. Eran las de su comando. Cuando desvió la luz para enfocar la cara de Weyl, vio a éste con el rostro contraído, y los ojos brillantes, como si llorara.

—Algunos compañeros de ustedes —dijo Gisele, cuando Jerry regresó— regresaron a la costa, uniéndose a los «maquis». No fue sólo «Karten» quien les reveló este escondite.

Jerry la miró extrañado.

—¿Y por qué lo ha callado hasta ahora?

La muchacha no contestó. Jerry hizo una mueca.

—Ya. Temía usted que interviniéramos sólo teniendo en cuenta que había que vengar a unos compañeros de comando...

—Sí —reconoció Gisele, mirándole de frente—. Y yo deseaba que para ustedes, todos los que quedaron aquí, todos los que fueron traicionados, fueran iguales, sin distinción de nacionalidades. Tal como han hecho ustedes —extendió los brazos, y agarró un brazo de cada uno, presionando en ellos—: Perdónenme... Gracias por su gesto.

Jerry iba a extinguir la luz. Antes señaló la amenazadora grieta que había en el centro.

—Siempre detrás de mí —le susurró a ella.

Los rifles de pesca les servían de eslabón, para estar en contacto. Jerry sujetaba uno, con la mane izquierda, que era también cogido por Gisele.

Ella, con la derecha, sujetaba otro rifle que la ponía en contacto con Weyl. Este llevaba otro con la otra mano, y antes de salir de aquella cueva, tan pronto Jerry apagó la lámpara, lo dejó en el

suelo, entre unas piedras.

A oscuras, sin hacer el más leve ruido, en un alarde de perfecto conocimiento del terreno que pisaba, Jerry los fue conduciendo de una cueva a otra.

Era como si supiera en cuál de ellas debían detenerse, y prepararse para la más feroz pelea.

Acababa Jerry de indicar a Gisele y a Weyl que se tendieran entre unos peñascos, cuando irrumpió un fogonazo. El estampido hizo caer del techo una lluvia de grumos de tierra.

Enseguida el chasquido de un resorte. A continuación, un alarido. Jerry acababa de disparar un rifle de pesca y el arpón se había hundido en la carne.

Irrumpieron varios fogonazos, pero no tenían blanco determinado. Jerry había ido deslizándose hasta donde se encontraban sus compañeros. Cerciorado de que estaban bien amparados por los peñascos, se hizo con el rifle de Gisele y se alejó, sin producir ruido.

Esperó a que surgiera otra llamada. Esto no tardó mucho en ocurrir. Y el arpón esta vez hizo algo más que irritar al que lo recibía. Se oyó un grito agónico, y unas sacudidas de un cuerpo en los últimos estertores.

En otro extremo de la cueva se oyó una maldición. Enseguida un cuchicheo. Había más de un individuo en la parte que daba entrada, por donde momentos antes habían pasado Jerry y sus compañeros.

Los que estaban en la entrada parecían disentir. De pronto se oyó una voz recia, expresándose en inglés, de marcado acento latino:

—¡Skinson! ¡Soy Domco Scarochi!...

Para Jerry fue una verdadera sorpresa. Domco Scarochi era rechoncho. Por lo menos esa era la idea que él tenía, por las fotografías que había visto en la Prensa.

—¡Estoy dispuesto a negociar con usted! —siguió el gángster.

Jerry permaneció callado. El que no mencionase a Gisele le alegró, interpretándolo como que el gángster ignoraba que ella estaba allí.

—¿No me contesta? ¡No es una treta!... ¡Quiero negociar con

usted!...

Jerry no escuchaba sólo las voces del gángster. Su viejo instinto de comando había despertado, y hasta el rodar de un grano de arena era captado. Y sabía que dos individuos se estaban deslizando en dirección, adonde había ido el segundo arpón.

—¡Le conviene, Skinson, negociar conmigo! De lo contrario no saldrá de aquí...

Ahora fue cuando Jerry habló, ya con la pistola preparada, aplastando el cuerpo contra la arena.

—¿Y usted piensa salir?

Irrumpieron frente a Jerry, dos llamaradas. De su pistola salieron también dos, casi al mismo tiempo. Apuntó a los dos fogonazos.

Un proyectil debió dar en la cabeza de un adversario, produciendo la muerte instantánea. El otro disparo dio seguramente en un brazo.

Se oyeron quejidos y maldiciones, y un precipitado arrastrar del cuerpo, rodando piedras, desgarrándose contra las puntas de cuchillo de las rocas.

—¡Quieto, Ritner! —ordenó Domco—. ¡No vengas aquí!...

—¡Estoy herido!...

—¡Vete al diablo! ¡Aguanta y calla, imbécil!...

Siguió algo que para unos oídos normales parecería un absoluto silencio, pero no para Jerry. Oía las respiraciones del herido, y también el ansioso alentar de Domco.

Los tenía a derecha e izquierda, cerrando la salida de la cueva. Había otra cueva a continuación, la más grande, y la que ofrecía más peligro, por las grietas que había en el suelo y por los mogotes esparcidos que podían servir para atrincherarse.

La entrada a esta cueva la podía controlar Jerry.

—Reconozco que me ha dado una sorpresa verlo aquí, Domco...

La vanidad pudo mucho en el gángster.

—¿Verdad? He estado estas últimas semanas entrenándome. Mañana, cuando me enfrente con Gisele, me reiré en su cara...

—¿Por qué no lo hace ahora? —intervino la muchacha, ya no pudiendo con sus nervios.

Jerry ahogó una maldición. Domco acusó la sorpresa.

—¿Está ahí? —enseguida soltó una carcajada—. ¡Qué ha hecho!

Siguió riendo. Pero no se movía del sitio. Jerry lo seguía atentamente.

—¡Ahora es usted quien va a rogarme negociar!... ¡A bordo del «Stella» tengo a dos periodistas dispuestos a esparcir la noticia de que la señorita Enard se dedica a buscar tesoros que pertenecen al Estado!...

—No pierda el tiempo en baladronadas, Domco —intervino Jerry—. Cuando sepa lo que ocurre, verá que no se puede malgastar el tiempo... ¿Cómo ha entrado aquí? ¿Le acompaña «Karten»?

—¡No! ¡Ese maldito perro!... —siguieron unos cuantos insultos, en italiano, todos contra «Karten».

Esto intrigó a Jerry.

—¿Le ha traicionado? —preguntó.

—¡Se fingió muy grave... y esta noche saltó del «Stella»!

—¿Y dónde está?

—¡Aquí!...

Siguió un silencio. Jerry retrocedió adonde estaban Gisele y Weyl.

—¡Hay que creerle! —dijo Jerry, muy bajo, con el rostro pegado al de la muchacha.

—¿Y dónde supones que está? —preguntó Weyl.

—En la otra cueva. Quizá esté medio asfixiado. Seguidme...

Quería anticiparse a Domco. Este se arrastraba hacia donde estaba el otro secuaz, herido en su brazo, el izquierdo.

Domco había oído centenares de veces la descripción de las grutas, descripciones bien detalladas por «Karten», en la cárcel y en el yate.

Había comprobado, cruzando las cuevas, que «Karten» no mintió. Hasta las menores curvas de los conductos resultaron exactos. Lo único que «Karten» se reservó fue detallar el punto exacto de los acantilados, y el conducto que conducía a las grutas.

Para Domco, Jerry había cometido un grave error, después que pareció burlarse de los que le seguían. Fue al dejar la cuerda señalando un conducto falso.

Cuando Domco se dio cuenta, Jerry y la muchacha ya se habían

alejado con la lancha. Domco y los dos secuaces que le acompañaban se acercaron a las rocas, maldiciendo la jugarreta. Y entonces los vieron regresar.

Aguardaron a que se sumergieran, y esta vez dieron con la entrada.

Las ganas de burlarse de lo que consideraba una torpeza del comando, no dejaba a Domco tranquilo. Empezó a arrastrarse, para con el secuaz, introducirse en la cueva grande, la que sabía ofrecía más sitios de defensa. Desde allí les hablaría. Y se burlaría de ellos.

Lo hizo. En la otra cueva tenía mogotes de roca y de tierra a cada cuatro pasos. Le siguió el individuo herido en el brazo. Iba pegado a él.

Los dos habían pasado por encima de un compañero, que tenía un dardo clavado en el cráneo.

Temían ya más el rifle de pesca que las armas de fuego. Eso creían al entrar en la cueva grande.

Ya tras de un mogote, Domco se decidió a hablar.

—¿Por qué volviste con la lancha?

No obtuvo respuesta. Siguió hablando, y riendo. De pronto se produjo una extraña llamada. Era un parpadeo del «flash» que, con la máquina fotográfica, se hallaba situada en lo alto de un mogote, enfocando a Domco.

Por una fracción de segundo, Jerry, Gisele y Weyl pudieron ver a Domco Scarochi, con el adiposo cuerpo embutido en el traje de goma, una pistola en cada mano. A su lado, otro individuo, con una pistola en la mano derecha, el brazo izquierdo encogido.

El fogonazo les hizo levantar la cara, hacia la máquina. Enseguida se dejaron caer, disparando a lo alto.

—Ya es inútil, Domco. La máquina está en otro sitio —dijo Jerry.

—¿Para qué es esta tontería? —gritó Domco.

—Para que tu cinismo falle esta vez... Y escucha, Domco: Tienes el tiempo justo para evitar que el «Stella» se hunda.

—¿Qué diablos inventas?...

—Dos bombas-lapa hay en la quilla. Para eso nos fuimos con la lancha.

Vino primero una carcajada. Pero no del lado donde se

encontraba Domco.

Casi al mismo tiempo que la risa, sonaron unos ensordecedores disparos. Era una ráfaga de ametralladora, dirigida a lo alto.

Del lecho de la cueva cayó una lluvia de piedras y tierra.

Menos Jerry, todos, la muchacha y Weyl, lo mismo que Domen y el secuaz, se echaron a tierra.

—¡A sus órdenes, «capitán» Skinson! —era una voz en la que se advertía una tesitura de persona febril.



—*Recuerdo a una criatura muy bonita.*

—¿Qué hay, Jenkins? —contestó Jerry.

—¡Jenkins!... —al decirlo pareció escucharse—. ¡Jenkins!... ¿Quién se llamaba así?

—Un muchacho indomable... que la guerra enloqueció...

—¡No es cierto!... ¡Perros!... ¡Sólo triunfan los fuertes! ¡Y yo soy el más fuerte!... ¡Más fuerte que usted, «capitán»! ¡Y que tú, Domco!... ¡Vean!...

Soltó oír ráfaga. Jerry se lanzó sobre Gisele, al advertir que ella se había incorporado para ir a su lado.

Los dos rodaron al suelo. Las balas buscaban sobre ellos.

Domco y el secuaz se habían desplazado más al interior de la cueva, viendo que los proyectiles de la ametralladora tenían tendencia a batir la entrada.

—¡«Karten»! —gritó Domco, cuando llegó a un sitio donde se consideró seguro—. ¡Unámonos! ¡Te haré mi socio en todo!...

Siguió un silencio. Jerry y Gisele permanecían tendidos de bruces, los rostros tocándose. A los pies de la pareja estaba la cabeza de Weyl.

—¡«Karten»! ¡Tú sabes que podemos ir de acuerdo! Si es verdad que el tesoro que aquí se esconde es tan importante como aseguras...

—¡Y tan verdad!... ¡Seis hombres no podíamos transportarlo!... ¡Y está aquí! ¡Aquí todavía! ¡Lo he visto! ¡He tocado el oro!...

—¡Siempre hemos ido de acuerdo, «Karten»!... ¿Cómo ibas a sacar de aquí esos valores? Estás herido... De todas formas, aun no estando herido, tú no podrías hacer muchos viajes a estas grutas. Tus pulmones...

—¡Cállate, cerdo!...

Y soltó varias ráfagas. Cuando se hizo el silencio, dijo Jerry:

—¡Recuerda nuestra consigna, Jenkins: No gastar cartuchos tontamente!

—¡Hay de sobra, «capitán»!...

En ese momento se produjo otro «flash». La máquina estaba encarada hacia donde estaba la ametralladora. Pero a su luz «Karten» descubrió a Domco y al secuaz.

Soltó un latigazo de fuego. Domco, presintiéndolo, había dado

un salto atrás, empujando al subordinado, para que le sirviera de escudo.

El individuo cayó, emitiendo un lacerante alarido.

Domco buscaba la salida. La ametralladora tanteaba las paredes y arañaba las cimas de los mogotes, tratando de inclinarse para batir la entrada.

—¡Como en los viejos tiempos, «capitán»! —gritó «Karten», aprovechando una pausa.

En ese momento Jerry hacía dos disparos de pistola. Una lámpara quedó encendida, enfocando la salida de la cueva.

—No saldrás, Domco, mientras no reconozcas por escrito, que tú has promovido esto —dijo Jerry.

—¿Por escrito? ¿Aquí? —iba a reír, pero Jerry se apresuró a detallar:

—Traigo medios para escribir... Contaba con encontrarme con alguno de los tuyos. Desde luego, no contigo.

—Si escribo lo que tú deseas, ¿qué ventajas?...

—Nada más que el «Stella» no irá al desastre.

—¡No te atreverás con mi yate!...

—¡Tu yate!... ¿No te preocupan las vidas de a bordo?

—¡Al diablo todos! ¡Me importa sólo mi nave! ¡Tengo allí muchos documentos!... ¡Venga con qué escribir!...

—¡Le engañará, «capitán»! ¡Domco no perdona al que le hace una imposición!... ¡Lo sé! ¡Le he visto dar órdenes de muerte, sin dejar de sonreír!...

La reacción del gángster fue disparar contra el sitio de donde salía la voz. Pero al segundo disparo, desistió, convencido de que «Karten» estaría a cubierto.

—¡Venga con qué escribir! —pidió de nuevo.

Se situó en sitio donde podía encender una lámpara, quedando a cubierto de la ametralladora. Concentró la mancha de luz sobre el paredón que había recibido más proyectiles.

Jerry le echó una bolsa de plástico.

—No tienes más que firman el documento que hallarás dentro de la bolsa.

Era un documento en el que, los que lo firmaban se reconocían haber proyectado invadirlo que en un tiempo fue refugio de

comandos, sin perseguir otro fin que escamotear al Estado los valores de guerra que allí dentro pudieran encontrarse.

Domco Scarochi tenía prisa y firmó sin apenas leerlo. Lo metió todo en la bolsa, la cerró y se la tiró por encima de un mogote.

—¿Yo puedo marcharme? —preguntó.

—Nos iremos todos —contestó Gisele.

Jerry ya no estaba a su lado. Hacía unos momentos que en el sitio de la ametralladora se oía toser.

—¡Nadie saldrá! —gritó «Karten».

Weyl, que permanecía al lado de Gisele, preguntó:

—¿Qué persigues, Jenkins?

—¿De veras no lo sabéis? —estalló una carcajada. Enseguida, vino un acceso de tos—. ¡Me he pasado muchas horas aquí dentro, poniendo en condiciones las «armónicas»! ¡Esta cochina humedad!... ¡Pero oíd!...

Irrompió otra ráfaga, dirigida alta, pero a otro lado de la cueva. En un agujero del otro extremo de la cueva se vio por unos momentos el llamear de la ametralladora.

Al cesar los estallidos, habló Gisele:

—Jenkins: Usted vino a refugiarse en mi casa... Allí se arriesgaron por ayudarle. Como antes se arriesgó su capitán... ¿Por qué pagó mal? ¡Usted mató a mí hermano y a todos los que iban con él!... ¿Por qué? ¿Por qué?

Su voz sonaba a punto de romper en sollozos. Siguió un prolongado silencio.

—Yo no tenía nada contra nadie —dijo «Karten»—. Pero uno tenía que quedar... para disfrutar del oro que hay aquí... Y quedó el más fuerte. ¡Yo!...

—¿Dónde se enfrentaron?

—En esta misma cueva. Bastó esta ametralladora...

—¿Dónde cayó mi hermano?

—Debe estar pisándolo.

Gisele dio un grito. Weyl la sujetó de los brazos, para que no retrocediera demasiado y se pusiera a tiro. Mientras tanto, Jerry iba deslizándose, hacia la ametralladora.

Domco acechaba el momento de escapar.

—¡Yo era el más fuerte... y pude con todos!... —siguió

«Karten».

—¡Miserable loco! —gritó Gisele—. ¡Primero traicionaste a los que confiaron en ti, llevándolos adonde esperaban los nazis!... ¡Luego, aquí terminaste con los que nada sospechaban!... ¡Miserable! ¡Tú el más fuerte! ¡Estás muriéndote!...

—¡Cállese! —rugió «Karten», como aterrorizado.

Varios latigazos de fuego, descargados en direcciones demasiado opuestas para que pudieran interpretarse como que sabían adonde se dirigían, azotaron las tinieblas.

Y de nuevo, la risa de «Karten», mezclada con la tos.

Se encendió entonces una lámpara y Jerry, que se hallaba en el centro de la cueva corrió en dirección del agujero por el que asomaba el cañón de la ametralladora.

Gisele lo vio e iba a gritar, pero Weyl le dio un empujón, obligándola a quedarse tras un mogote. Lo que presentía Weyl ocurrió: Domco, aprovechando que el de la ametralladora permanecería atento a Jerry, dio un salto buscando la salida. Al llegar a la abertura, disparó hacia el sitio donde antes se encontraban Weyl y Gisele.

Weyl contestó con un disparo, pero ya Domco había desaparecido. Se deslizaron, buscando el centro de la cueva para ver lo que hacía Jerry.

Metiendo los pies en las hendiduras, sosteniendo la lámpara con una mano y al mismo tiempo introduciendo los dedos en las grietas de la pared, fue subiendo.

El cañón de la ametralladora no hacía más que moverse, a derecha e izquierda, arriba y abajo. Siempre quedaba lejos de la mano de Jerry.

Se soltó, impulsando el cuerpo hacia arriba y agarró el cañón con las dos manos. El arma ardía, pero Jerry no la soltó hasta que la ametralladora quedó atravesada en un lado del agujero.

Quizá quedara sitio para que él pudiera pasar y volvió a introducir los pies en las grietas de la pared, reptando. Gisele y Weyl, acucillados, seguían con ansiedad los movimientos de Jerry. La lámpara había quedado en el suelo, encendida, enfocando un rincón.

Weyl y la muchacha se acercaron en el momento en que Jerry

conseguía introducir medio cuerpo en el agujero. Les hacía señas para que le dieran la lámpara. Weyl se la dio.

Quedaba mucho sitio para que él pudiera pasar y al empezar a deslizarse, apagó la lámpara.

Gisele quedó sin respiración, atenta al menor ruido. De nuevo el angustioso silencio de antes se desplomó sobre ella y Weyl.

Les pareció que la voz de Jerry sonaba lejos, en hondo pozo.

—Ese agujero conduce a una estrecha galería —dijo Weyl—. No tiene salida... Ahí se encontrarán los dos.

Cuando lo decía Weyl, el encuentro de Jerry y Jenkins se estaba efectuando.

Jenkins, tambaleándose, había ido retrocediendo, agarrándose con las dos manos el pecho, tosiendo y escupiendo sangre.

Jerry iba siguiéndole, a oscuras, esperando a cada momento un disparo. Incrustó la lámpara en una grieta, la encendió y saltó a la zona oscura.

El traje de caucho que llevaba Jenkins era muy negro y brillante. Había llegado al fondo de la galería y permanecía con los brazos desplegados, agarrándose a las piedras salientes. Daba el efecto de un monstruoso lagarto.

Jerry irrumpió de la penumbra y fue avanzando hacia él. Jenkins le miraba. Poco a poco fue incorporándose. Se miraba cómo iba vestido y enseguida fijaba la vista en la indumentaria de Jerry.

Jenkins tenía un rostro esquelético, en el que sólo había ojos, de un gris encendido por la locura. Sus manos fueron subiendo a la cara.

Se tocó las mejillas y los dedos fueron subiendo, buscando las sienes. Presionando en ellas, miró a Jerry.

De pronto se irguió, dejando caer los brazos:

—¡Capitán Skinson! ¡Yo seré ese voluntario!...

Siempre que se pidió un voluntario, Jenkins fue el primero en dar un paso adelante.

Dando ahora ese paso, empezó a encogerse. Y, de pronto, cayó de bruces.

Los disparos le hicieron retroceder antes de lo que pensaba. Temiendo por Gisele y Weyl, salió corriendo de la galería. Los disparos venían de la otra cueva, donde se había situado Domco.

Pedía a gritos que Jerry le devolviera el documento.

—¡En el acantilado tengo gente! ¡Os cazarán a todos! ¡Soy yo quien manda ahora!...

Cuando Jerry estuvo al lado de sus compañeros, vio que la situación era apurada, porque los tanques de aire habían quedado en la primera cueva.

—Si se da cuenta los inutilizará —dijo Jerry.

—Entrábamos y salíamos sin tanques —replicó Weyl.

—Tus pulmones eran más jóvenes —y miró fugazmente a Gisele.

Ella entendió esa mirada.

—Resisto mucho bajo el agua, sin ayuda de nada.

Jerry apagó la lámpara.

—De todas formas hay que impedir que ese miserable intente algo contra los tanques.

Se puso en cabeza y empezaron a deslizarse. La consigna de Jerry era no encender luz, ni contestar ningún disparo.

Domco siguió amenazando, pero ya no disparaba. De una cueva pasaban a otra, Domco siempre retrocediendo.

Cuando el gángster llegó a la última, aludió los tanques.

—¡Aquí moriréis como ratas! ¡Os voy a dejar sin aire!...

Weyl había intentado adelantarse, pero Jerry ya había comprendido su acción y presionó sobre su cabeza, indicándole que se mantuviera atrás.

Jerry se adelantó unas yardas, tanteando la arena. Encontró lo que buscaba.

—¡Sé que estáis cerca! ¡Voy a destruir los tanques! ¡Los tengo a mano!...

Jerry sabía que no era verdad. Los tenía cerca, pero todavía no estaban a su alcance, aunque disparase, pues los había dejado tras unos peñascos.

—¡Devuélveme el documento, Skinson, y os dejaré salir!... ¡Palabra!...

—¡Palabra de hiena! —contestó Jerry, provocando un disparo.

Fueron varias llamaradas seguidas, hasta agotar el cargador, sabiendo que de nada iba a servirle el arma, pues iba a sumergirse. Era nada más el deseo de arañar, de destrozar, antes de desaparecer.

Pero disparando, esperando que se produjera una llamarada en el lado adversario, Domco fue saliendo del peñasco que lo cubría.

Por el movimiento de los fogonazos al desplazarse Domco, Jerry podía deducir la figura del gángster.

Jerry apretó el resorte del rifle submarino que Weyl había dejado oculto en la arena.

Se oyó un alarido de fiera. Y, enseguida un chapoteo. El rugido quedó ahogado por la mascarilla que Domco acababa de aplicarse para sumergirse.

Jerry encendió la lámpara y todavía pudo ver las burbujas junto con los círculos que se ensanchaban buscando los bordes del pozo.

Se acercó a las rocas donde había estado apostado Domco y vio manchas de sangre.

—Va tocado —anuncio—. Esperaremos un rato.

Examinó los tanques de aire. No habían sufrido daño.

Ahora las cuevas, pudiendo encender las lámparas y hablar, eran como unos zapatos holgados, después de haber sufrido con unos estrechos. Ni el riesgo de las grietas parecían significar nada.

Jerry, adivinando lo que Gisele deseaba, la condujo a la última cueva. Weyl se quedó de guardia junto al boquete por donde había desaparecido Domco.

—Quizá fuera mejor que viera primero lo que hay en la galería —dijo Jerry, indicando con el gesto el boquete donde estuvo emplazada la ametralladora.

—¿Qué hay allí? ¿Muertos? —preguntó, muy afectada.

—No. Solamente «Karten».

—¿Qué ha ocurrido con él?

Creía que Jerry lo había rematado. Él le refirió que se había limitado a avanzar y «Karten» a retroceder.

—Al tocar con la espalda el final de la galería, le volvió la razón por unos instantes...

Ayudó a la muchacha a encaramarse al agujero. Primero subió él, tendiéndole las manos.

No fue necesario llegar al final de la galería para ver lo que Jerry consideraba necesario que ella viera. Fue enfocando con la lámpara muchas grietas que había en ambos lados, y en el suelo.

En una hendidura introdujo una mano y sacó un pegote de papel moneda. Lo dejó en el suelo y fue separando algunos fragmentos. Apenas se podía apreciar a qué clase de billetes pertenecían.

—Habría moneda inglesa, yanqui, francesa, incluso alemana, para uso de los «maquis»... También la llevábamos los comandos. En cuanto al oro...

Gisele se hallaba arrodillada frente a Jerry. Levantó el rostro, contraído por una honda amargura.

—«Karten» estaba loco... Quizá exagerara la importancia del tesoro.

Jerry sonrió.

—Ahí he visto algunas joyas y monedas —levantó la lámpara, enfocando una grieta alta—. Habrá algunos valores como esos, esparcidos por las cuevas.

Tan pronto se localice uno, ya no se parará, revolviendo las grutas, pisoteando muertos...

Se calló, pensativo, sin darse cuenta del ansia con que ella le miraba.

—Después de todo —siguió Jerry, como hablando solo—, lo que aquí pudiera encontrarse sólo serviría para despertar egoísmos... Yo opino que nadie debe entrar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, con voz velada.

—Que ni siquiera nosotros debemos molestar a los muertos —le puso las manos sobre los hombros, mirándola a los ojos—. Desista de localizar los restos de su hermano... Todos los que hay aquí son iguales.

Era recordarle lo que ella perseguía. Pero Jerry lo dijo sin intención de zaherirla. Así lo entendió ella.

—Gracias, Jerry.

Estaba emocionada. Se incorporó. El traje de bucear la perfilaba prodigiosamente. Se había quitado la capucha y la cabellera estaba esparcida sobre los hombros. De pie, permaneció unos instantes mirándolo, hincando los ojos en los de Jerry.

Él estaba todavía de rodillas, frente a los pegotes de papel moneda.

—Quizá yo esté equivocado al pensar así —dijo, sin mirarla—. No quiero influirla... Hable con Weyl. Yo esperaré a que ustedes decidan. Una vez fuero de las grutas, ya no podremos volvernos atrás, si deciden no molestar a los muertos.

Ella le entendió.

—¡Hablaré con Weyl!... El nada perderá con renunciar a la parte que pudiera corresponderle. Ni los demás comandos, si queda alguno en camino...

—¿Cuántos esperaba usted que llegaran?

—Dos más. Uno se encuentra en Australia, casado y con familia.

—¿Quién es?

—Dressler.

Jerry hizo un gesto de alegría. Y, como escuchándose, murmuró:

—¡Dressler!... El problema con él era evitar que riera a cada momento, aún en los instantes de mayor peligro. Me hubiera gustado tenerlo aquí.

—Puede que llegue uno de estos días... El otro es más inseguro. Las señas eran muy confusas... Pero lo que yo quería decir es que todos serán igualmente recompensados.

Jerry la miró gravemente.

—Lleve cuidado con eso. Alguno podía sentirse herido.

—¿Por qué? Mis padres dejaron un capital que la postguerra ha multiplicado. La postguerra la han creado ustedes, los que cayeron y los que sobrevivieron. No doy nada que no sea también de los otros.

Jerry se echó a reír.

—Vámonos. Weyl está solo.

Salieron de la galería y al cruzar la cueva grande donde «Karten» dijo que se bahía desarrollado la refriega, se detuvieron ante cada esqueleto que quedaba al descubierto. Lo taparon con arena.

Y salieron de la cueva, sin mirar atrás.

Cuando llegaron adonde estaba Weyl, Jerry retrocedió, indicándoles que cambiaran impresiones con toda libertad,

mientras él realizaba algo que dijo haber olvidado.

Tardó varios minutos en volver.

Gisele y Weyl ya estaban equipados para la salida. Jerry traía unos paquetes. En uno de ellos iba la máquina fotográfica.

Con la mirada les consultó.

—¡Totalmente de acuerdo! —contestó Weyl.

Jerry cogió los tanques.

—Id saliendo... Pero no os confiéis. Tened en cuenta que la fiera sólo va herida —señaló las manchas de sangre.

Se sumergió Weyl. Cuando desapareció bajo el agua, se dispuso a sumergirse Gisele.

Se volvió de pronto y levantándose lo más posible, arrimada a Jerry, le besó en la boca, rápidamente.

—Es usted muy noble, «capitán»...

Desapareció en el agua. Jerry permaneció un minuto largo en la cueva.

Luego, ya sumergido, se entretuvo escudriñando la configuración de las rocas de entrada.

La consigna dada a Weyl y a Gisele era que bucearan en aguas profundas, alejándose del sitio lo más posible, antes de emerger.

Tenían un sipo convenido, para tocar tierra. Se alejaba de la bahía y de los acantilados. Allí tenían el coche de Gisele.

El temor de que los secuaces de Domco lo hubiesen localizado le impulsó a emerger apenas salir de las grutas.

Lo hizo con cautela, ya sin mascarilla, a unas brazadas de las rocas. Y divisó tres siluetas de hombre.

Dos vestían traje de bucear y miraban al agua. Jerry se sumergió y fue alejándose. Al llegar a unos peñascos que se introducían en el agua formando un estrecho callejón, emergió.

Atentamente observó hacia donde estaban los tres individuos. Veía a dos como dudando en sumergirse.

El otro individuo parecía irritado. De pronto, lo oyó gritar:

—¡Haced lo que os mando!...

Reconoció la voz de Horvat, el sujeto de las muelas de oro, el brazo derecho de Domco Scarochi.

Jerry comprendió que nada se habría conseguido con renunciar a tocar la cueva de los muertos, si quedaba aquel individuo

sabiendo que había valores enterrarlos.

Jerry se desprendió de los tanques de aire y de las aletas. Sacó de la bolsa de plástico la pistola.

Al ir a trepar por las rocas, vio a los tres individuos corriendo hacia él. Apenas tuvo tiempo de agacharse. Empezaron a surgir fogonazos.

Uno de los individuos trataba de rodear las defensas de Jerry, pero tropezó, y sus disparos salieron desviados.

Jerry hizo un disparo, apuntándole a la cabeza y, sin preocuparse de si caía, saltó, corriendo al encuentro de los otros dos.

Los sorprendió en el momento en que buscaban un sitio donde parapetarse.

Se cruzaron varios disparos. Jerry vio que el que llevaba traje de bucear resbalaba por una roca lisa, como una foca harta de permanecer al exterior. En la roca quedó un charco de sangre.

Horvat cayó de espaldas, disparando contra Jerry. Este empezó a oscilar. Todavía sostenía la pistola.

Se encontraba al borde de los peñascos. Sabía que si caía al agua, todo habría terminado para él. Por momentos perdía la noción de cuanto le rodeaba.

Hizo un supremo esfuerzo para inclinar el cuerpo hacia las rocas y fue encogiéndose.

A su alrededor todo estaba en silencio.

Dos mascarillas venían a ras del agua, a toda velocidad. Eran Gisele y Weyl, que desde lejos habían observado la refriega.

Gisele fue la primera en localizar a Jerry. Se abrazó a él desesperadamente, y se puso a besarlo, llorando.

—¡Al agua! ¡Pronto! —dijo Weyl.

—¡No! ¡Da lo mismo que descubran las grutas! ¡Primero es Jerry!

Weyl le puso una mano sobre un hombro.

—Aquí no podemos estar... Quizá Jerry ha dado poco tiempo a la explosión...

Ni se acordaba de que Jerry le había dado a entender que las grutas iban a quedar cerradas, tan pronto saliera el último «comando».

Se echaron al agua, llevando a Jerry entre los dos. El contacto del agua lo reanimó.

Así fue más rápida la salida del mar, hacia el coche, que aguardaba oculto entre dos montículos cubiertos de maleza. Había una ancha senda muy frecuentada durante el día por coches de veraneantes.

Salieron con los faros apagados. Había momentos en que la luna aparecía desnuda de nubes, y había quizá demasiada claridad.

Cuando alcanzaron la pista encendieron los faros. Fue casi al mismo tiempo en que se encendían pótenles reflectores en la bahía.

Enfocaban el «Stella»...

Gisele no se daba cuenta de nada, ni oía lo que Weyl iba diciéndole. Lo que quería era llegar cuanto antes a la villa, para atender a Jerry.

A cada momento estaba temiendo que Weyl anunciara: «No es menester que corra. Ya ha terminado todo...»

Gisele no estaba segura de poder entonces controlar sus impulsos. De oír eso: «Todo ha terminado», quizá apretase el acelerador, y girase el volante, saliéndose de la pista, en una absurda, imposible marcha hacia los acantilados.

Pero al llegar a la villa y parar el coche, oyó la voz de Jerry:

—¿Todavía... no se ha oído nada?...

Y los tres se volvieron de cara al mar, donde los reflectores enfocaban el «Stella».

Capítulo VI

DESPUÉS de curar a Jerry encendieron algunas luces para

que las ventanas que miraban al mar quedaran iluminadas.

Era la señal que Rechberg esperaba para pedir al coronel Devic y a otros señores que lo llevaran a la villa de Gisele.

—¡Sí, vamos! —dijo el coronel—. ¡Se están perdiendo lo mejor de la noche!...

Cuando el coche iba a entrar en la villa de Gisele, apagaron las luces.

Los encontraron sentados en la terraza. Jerry, en un sillón, en el sitio donde menos luz había.

El coronel y los otros señores no bajaron del coche, impacientes por regresar a la playa.

—¿Qué hacen aquí?... ¡Se están perdiendo el gran espectáculo! —dijo el coronel.

—¿Qué ocurre que se ven reflectores? —preguntó Gisele.

—¡En el «Stella», no sé quién demonios ha soltado el rumor de que va a volar... y la gente se ha echado al agua!...

—¡Vaya broma a los «personajes» y estrellas!

—exclamó Gisele, haciendo como que lo tomaba a risa.

—¡Cierto! Algunos pollos la están pasando muy bien, echando mano de las artistas o lo que sean...

—¿Y quién se encarga de recoger a los «personajes»? —preguntó Weyl.

—Los marineros...

—En serio: ¿Ha habido desgracias? —preguntó Gisele.

—¡Qué va! ¡El susto nada más!... ¡Y el berrinche! Por eso querría que vinieran a las terrazas. Usted, Gisele, que no tiene

simpatía a esos personajes que saltan a la torera la inmoralidad de Domco, pasará un buen rato viéndoles, despotricar contra el «gángster». ¡Ahora se acuerdan de que lo es!...

—¿Y por qué despotrican contra él? —preguntó Weyl.

—Porque creen que es una de sus sucias bromas. ¡Y como no se le ve por ningún lado!...

Se marcharon, al saber que Gisele no sentía interés por ir a las terrazas. Se quedó el alemán.

Rechberg ya se había dado cuenta que a Jerry le sucedía algo, y antes de que se marcharan los del coche, se colocó a su lado.

—¿Mucho? —preguntó, así que el coche se puso en marcha.

—No —contestó Jerry.

Tenía un balazo en el costado izquierdo, y otro en un muslo. Pero ninguno de los dos parecía tener gravedad.

—¡Debe acostarse! —dijo Gisele.

—Ahora... ¿Brindamos... amigos y «enemigos»?

Es como entonces —dijo Jerry, indicando la bahía, y los reflectores, y la nave amenazada con las bombas— lapa.

—¡Sí! ¡El viejo «enemigo» lo está deseando! —contestó Rechberg.

También bebió Gisele. Todos de cara al mar, todos pensando en viejos muertos...

Antes de acostarse, Jerry quiso saber si le había sido muy difícil seguir sus instrucciones para dar el aviso.

—No —contestó el alemán—. Pero he pasado el peor rato de mi vida, no sabiendo si me precipitaba... y temiendo por ustedes...

—¿Cómo ha dado el aviso? —preguntó Gisele.

—En el «Stella» hay unos periodistas que buscan su serpiente de mar... Jerry me dio una carta sin firma, hablando de viejas rivalidades de Domco con jefes de otras pandillas. Di la carta a un marinero para que la llevara a bordo...

Ayudó a que la alarma prendiera enseguida el no ver a Domco a bordo.

—Pero, ¿no pensó que los buceadores pudieran revisar la quilla? —preguntó Gisele, dirigiéndose a Jerry.

—¿Quién iba a hacerlo? Era de suponer que los hombres-rana de que disponía Domco estuvieran en los acantilados. Y así ha

sido...

—Hay verdadero pánico —dijo el alemán—. Nadie de la tripulación se atreve a volver a bordo, en tanto Domco no aparezca y dé la cara...

—Domco quizá no aparezca —dijo Jerry—. Y si sobreviviera, no escapará esta vez a la acción de la justicia, en el supuesto de que sienta deseos de remover este asunto... Tenemos las fotos... Buscaba en tierra francesa... En los acantilados se verán hombres suyos, muertos... Y el «Stella» se encuentra en aguas francesas...

Vacilaba, la voz se le cortaba. Gisele le obligó a callar. Y entre los dos hombres lo llevaron al interior de la casa, a una de las habitaciones altas, donde había una cama con un ventanal a los pies, que enfocaba el mar.

Acababa de echar sobre la cama a Jerry, cuando se oyó a lo lejos un hondo retumbe. Luego, otro...

Los reflectores seguían enfocando al «Stella» y so rio a la nave dando dos saltos de potro. Luego empezó a escorar.

Quedó de lado, con dos agujeros en el vientre...

Quince minutos más tarde, llegaron en cadena varios retumbes. Venían de los acantilados.

—Las grutas han quedado cerradas —murmuré Jerry, entre pesadillas.

* * *

Hasta dos días después no se encontró el cadáver de Domco Scarochi. El movimiento del mar le había arrancado los tanques y la mascarilla.

Apareció muy lejos de la playa de Saint-Jacques. Ya entonces se habían identificado los cadáveres de Horvat y de dos buceadores, conocidos en aquella playa por haberlos visto varios días alardeando de sus cualidades como buceadores.

Una avalancha de periodistas se volcó sobre Saint-Jacques.

Desde el ventanal de la habitación de Jerry, el alemán observaba aquella mañana el mar. De pronta hizo un estremecimiento.

—¡Qué tufarada de moscas sobre la carroña!... ¡Si llegaran a

descubrir las grutas!...

—No lo conseguirán. Anoche estuvo Weyl buceando... La entrada está borrada —contestó Jerry.

Siguió una pausa. El alemán se paseaba, con aire preocupado, como si no se atreviera a decir lo que pensaba. De pronto:

—Les dejo. Hoy mismo...

—Weyl también se va y en él me lo explico: su trabajo en Roma lo reclama... Ya ha averiguado que ese cargo se lo debe a Gisele, y quiere trabajar mejor que nunca... Pero usted... El marcharse usted sabe a «retirada».

—En ningún momento he pretendido avanzar en un sitio donde por fortuna, no hay guerra —contestó el alemán.

—No se haga el desentendido... La gente piensa que usted y yo vamos por la misma mujer.

—Yo mismo he contribuido a que creyeran eso, porque entendí que convenía que la gente se despistara.

Siguió mirando a través del ventanal.

—Si no era con la esperanza de ganar a Gisele, ¿para qué vino usted a Saint-Jacques? El asunto de las grutas apenas le afectaba.

—¿Olvida que esas grutas fueron la piedra de toque para poner a prueba mi condición humana?...

Mis superiores entendieron que yo debí presionar sobre la población civil...

—Nada hubiera conseguido. Nada sabían de las grutas. Como lo ignoran ahora.

El alemán se calló unos momentos, sonriendo.

—De nada de lo que hice me arrepiento. El hecho de que haya podido estar aquí, entre estas gentes sencillas, sin que ninguno de ellos me odie, compensa todo.

—Sí —contestó Jerry, pensativo—. Poder volver la vista atrás, sin temor a encontrar lacras de que avergonzarse... Bien, mi viejo y digno enemigo... —le tendió las dos manos.

Después de estrechárselas efusivamente, Jerry dijo:

—Vuelvo a lo del principio: La gente nos supone enamorados de la misma mujer.

—La gente suele acertar muchas veces.

—Quiero anunciarle que si usted se retira, yo no renunciaré al

ataque.

—¿Qué ataque? Esta batalla la tenía usted ganada antes de venir.

* * *

El asunto de Domco Scarochi entendían todos que tenía las raíces lejos, en los Estados Unidos y en Italia. Una represalia de viejos compinches.

El «Stella» desapareció pronto de la bahía, hacia unos astilleros. La caja fuerte y el camarote de Domco fueron sellados por agentes de la Interpol.

Los departamentos policiales no pensaban hurgar mucho. La desaparición de Domco la consideraban un acto que dignificaba a la Justicia.

La avalancha de periodistas levantó el vuelo hacia otros puntos. Y la playa de Saint-Jacques entró en la normalidad, languideciendo poco a poco, hacia el fin de la temporada veraniega.

Guando Jerry pudo levantarse, dijo a Gisele:

—Me trasladaré al hotel...

—¿Por qué?

Antes de que él contestara, ella adivinó:

—¿Le preocupa la gente? A mí, no.

—No es por eso —replicó Jerry.

Quedaron callados. Ella se colocó a un lado de Jerry, los dos de cara al mar.

—Usted le dijo al capitán Rechberg que pasaría al «ataque»... — se encogió de hombros e hizo un gesto de burla—. Baladronadas...

—Pasar al ataque... donde nos acogen con tan hospitalidad, no es noble...

Ella se volvió, rápida, con los ojos verdes encendidos.

—¡No mientas, Jerry!... ¡Te veo luchar con la idea de desaparecer, tan pronto puedas valerte!... ¡Te lo he oído en tus delirios!... ¡Te lo he leído en los ojos cada vez que me has mirado!...

Parecía que fuera a golpearle con los dos puños. De pronto lo

abrazó, pegando la cara al pecho de él, sin tener en cuenta la proximidad de la herida.

—¡Jerry!... ¡Siempre, desde niña... te he querido!... ¡Si me dejas... Saint-Jacques no significará para mí más que una tumba!...

Jerry no contestó, porque no podía. Empezó a acariciarle el cabello. Luego le cogió el rostro con las dos manos y estuvo mirándola fijamente a los ojos.

—Es tu rostro... lo único agradable que recordaba... de aquellas etapas de barro...

Se buscaron las bocas. Y luego, los dos fijaron la mirada en los acantilados. El calor levantaba de las rocas su humo muy tenue. Parecían dibujar siluetas de hombre, saludando al viejo «comando»...

Esa fue la ilusión que los dos percibieron. Y estrechamente abrazados, siguieron un rato en el ventanal, callados.

Solamente un periodista se había quedado en Saint-Jacques, todavía soñando con su serpiente de mar. Se tumbaba todos los días, muy cerca de los acantilados.

Un día se marchó. Fue al día siguiente de contraer matrimonio Jerry y Gisele. Parecía que solamente esperase eso...

Nunca sabría aquel periodista cuán cerca estuvo de encontrar su serpiente de mar, que podía haberle hecho célebre: el secreto que encerraba el refugio de los comandos, que nunca iba a ser desentrañado...

F I N

NOTAS

[1] Error en el original. (*N. del E.*)